

Capítulo 8-El viaje de retorno.

Introducción

El director Vienés de mediados del siglo XX, Josef Krips, hizo una observación astuta sobre Mozart y Beethoven cuando dijo que la música de este último llega al Cielo, mientras que la de Mozart proviene del Cielo. Hay excepciones, por supuesto, pero en su mayor parte, el trabajo de Mozart es una maravillosa expresión de la paz y la inocencia del Cielo, una canción continua de amor y alegría. Con Beethoven, como mencioné en el Preludio de esta serie, uno encuentra muchas expresiones de la lucha entre la luz y la oscuridad, con la luz siendo finalmente victoriosa. En este contexto, es interesante notar la distinción entre cómo estos grandes compositores típicamente terminaban sus composiciones. Las canciones de amor de Mozart simplemente se detenían cuando terminaban. Beethoven, por otro lado, termina muchas veces de una manera característica, como en el último movimiento de la Quinta Sinfonía, donde puedes sentir cómo saborea cada estimulante momento de la música triunfante, que parece concluir, pero continúa como si no quisiera el final de la alegría. Menciono esto a modo de presentar la primera parte de lo que discutiremos en el Capítulo 8. Cerca del final de la sección II y a través de las secciones III y IV, Jesús canta una canción de éxtasis y parece estar feliz de seguir y seguir. Es el único lugar en el texto donde ocurre esto: una canción que glorifica la Unidad del Cielo – la Deidad, la creación y la Filiación. La sección titulada "La voluntad indivisa de la Filiación" bien podría usarse para el título de este himno continuo de dicha y alegría. Hay otra parte de esta gloriosa canción que consideraremos cerca del final del capítulo, donde Jesús canta acerca de su unidad con nosotros, y de la nuestra con él. Es

inusual, nuevamente, encontrar en el texto una efusión tan grande que describe el glorioso estado de unidad, nuestra verdadera realidad.

El tema de la unidad también sirve como leitmotiv, que el lector puede recordar es una palabra Alemana que significa "motivo principal". Esta fue

la técnica de Wagner mediante la cual asignó ciertos temas musicales en sus

dramas musicales para representar eventos, personajes, emociones e incluso

objetos, que luego él repetía a lo largo del trabajo. Esto sirvió para recordar

a sus oyentes lo que quería que recordaran. Por lo tanto, cada vez que los

oyentes escuchan un motivo, piensan, consciente o inconscientemente, en

otras partes ya oídas del tema. Esto permitió a Wagner emplear diferentes

niveles psicológicos de pensamiento y emoción en sus composiciones.

A

veces usaba estos motivos para introducir sarcasmo o ironía, donde un personaje cantaría una cosa, pero la música revelaría la verdad subyacente

de la situación. Era una brillante técnica musical y dramática, que Jesús

también aplica en Un Curso de Milagros repitiendo sus temas de muchas

maneras diferentes para lograr el efecto pedagógico deseado de nuestro

aprendizaje de su plan de estudios, intelectual y emocionalmente.

Al considerar este himno a la unidad de nuestra realidad, podemos concebirlo como la forma de Jesús para imprimirnos la importancia de recordar nuestra Identidad. A medida que pasamos nuestros días y somos

tentados a expresar cualquier cosa que no sea la unidad – la separación de

nuestro Ser, o más al punto, de alguien más – aprenderemos a escuchar un

trasfondo de este tema, que va de la mano con el tema de aceptar la Expiación que dice que la separación nunca ocurrió. Por lo tanto, traemos la

oscuridad de la separación del ego a la luz de la unidad de Jesús, las cuales están en la mente, esperando nuestra decisión. A medida que avanzamos por las secciones que destacan esta unidad, sería útil tener en cuenta que su propósito no es solo presentarnos la realidad de Quiénes somos como el Hijo indiviso de Dios, sino también para ayudarnos a mantener este tema en la conciencia cuando estamos tentados a olvidar, resistir o activamente luchar contra él.

Unidad - El Himno a Nuestro Ser

(II.7) Cuando dije: “Todo poder y gloria son tuyos porque Suyo es el Reino”, esto es lo que quise decir: la Voluntad de Dios no tiene límites, y todo poder y gloria residen en ella. Su fuerza, su paz y su amor son ilimitados. No tiene límites porque su extensión es ilimitada, y abarca todas las cosas porque las creó, y al crearlas, las hizo parte de sí misma.

Tú eres la Voluntad de Dios porque así es como fuiste creado. Debido a que tu Creador crea únicamente a Semejanza Propia, eres como Él. Eres parte de Aquel que es todo poder y gloria, y, por lo tanto, eres tan ilimitado como Él.

Esta es nuestra verdadera realidad, que obviamente no es cómo nos experimentamos. Es la luz del principio de Expiación representado por el

Espíritu Santo, a Quien repetidamente se nos pide en el Curso que le llevemos nuestros pensamientos oscuros, los cuales son cualquier cosa que

no contengan el poder y la gloria de Dios. La Expiación es el recordatorio

de que, aunque podemos creer que estamos separados de la Voluntad de

Dios, en verdad la separación nunca sucedió. La totalidad de la creación, la

nuestra y nuestras extensiones, permanecen intactas para siempre.

(III.3: 1-4) La Voluntad del Padre y la del Hijo son Una, por razón de Su extensión. Dicha extensión es el resultado de la Unicidad de la que Ambos gozan, la cual mantiene intacta la unidad de Ambos al extender

Su Voluntad conjunta. Ésta es la creación perfecta de los que han sido perfectamente creados, en unión con el Creador Perfecto. El Padre tiene que dar paternidad a Su Hijo porque Su Propia Paternidad tiene que seguir extendiéndose.

Vemos a Jesús continuar su alegre himno de unidad, cantándolo una y otra

vez. En capítulos anteriores nosotros discutimos la naturaleza continua de la

creación, un fenómeno que no ocurre en el mundo del tiempo y el espacio,

y no es comprensible dentro de las categorías espacio/temporales, las creaciones erróneas del ego. Creación, o extensión, es la expresión continua

del Amor de Dios, la cual simplemente es. Este "es-sin nada más", es Dios

el perfecto Ser, extendiéndose a Sí Mismo en la creación de Cristo, Quien

luego crea Sus Propias extensiones.

(III.3: 5-6) Tú, cuyo lugar está en Dios, tienes la santa función de extender Su Paternidad no imponiendo ningún límite sobre ella. Deja que el Espíritu Santo te enseñe cómo hacer esto, pues lo que ello significa sólo lo puedes aprender de Dios Mismo.

En otra parte, Jesús explica que nuestra función en el Cielo es crear, y nuestra función en el mundo de ilusión es perdonar o sanar (ver, por ejemplo, T-25.VI; L-pl.192). Uno no puede enseñar la realidad de la creación, pero podemos aprender a perdonar, el reflejo en el sueño de la

mentalidad-correcta de la creación del Cielo. Por esta razón, el Espíritu Santo nos enseña a ver a todos los miembros de la Filiación separada como

partes iguales de la Totalidad del Padre.

(II.8) ¿A qué otra cosa sino al poder y a la gloria puede apelar el Espíritu Santo para restaurar el Reino de Dios? El Espíritu Santo, pues, apela simplemente a lo que el Reino es, para que éste reconozca lo

que él mismo es. Cuando reconoces esto brindas ese reconocimiento automáticamente a todo el mundo porque has reconocido a todo el mundo. Mediante tu reconocimiento despiertas el de ellos, y mediante el de ellos, el tuyo se extiende. El despertar se propaga fácilmente y con

gran júbilo por todo el Reino, en respuesta a la Llamada de Dios. Ésta es la respuesta natural de todo Hijo de Dios a la Voz que habla en nombre de su Creador, ya que es la Voz que habla en nombre de las creaciones del Hijo y de su propia extensión.

El Reino es el estado de Unidad perfecta, y su reflejo aquí es el estado de

intereses compartidos del cual nadie está excluido. Cuando esta visión es

elegida por un Hijo, es compartida por todos, ya que el Hijo de Dios es uno

tanto en la verdad como en la ilusión. Al escuchar la Voz que habla por esta

curación de la separación, con gusto reconocemos la verdad de la Expiación

y el Cristo unificado por Quien habla. El perdón, o el milagro, es el medio

del Espíritu Santo para deshacer los sueños de división que parecían mantenernos separados, restaurando así la cordura a la mente que hasta

ahora se había identificado con la locura de la ilusión.

(IV.1) Si lo que la Voluntad de Dios dispone para ti es paz y dicha absolutas, y eso no es lo único que experimentas, es que te estás negando a reconocer Su Voluntad. Su Voluntad no fluctúa, pues es eternamente inmutable. Cuando no estás en paz ello se debe únicamente a que no crees que estás en Él. Mas Él es el Todo de todo. Su paz es absoluta y tú no puedes sino estar incluido en ella. Sus leyes te gobiernan porque lo gobiernan todo. No puedes excluirte a ti mismo de Sus leyes, si bien puedes desobedecerlas. Si lo haces, no obstante, y

sólo en ese caso, te sentirás solo y desamparado porque te estarás negando todo.

Esta es otra forma de decir que la causa raíz de nuestra angustia no tiene

nada que ver con nada externo. Más bien, nuestro sentimiento de soledad e

impotencia proviene de la creencia de la mente de que lo imposible es cierto: que podemos existir en un estado separado de la Unidad de Dios, el

"Todo de todo" de San Pablo (1 Corintios 15:28). Sin embargo, la Expiación nos recuerda felizmente que, a pesar de las pesadillas de

desobediencia y rebelión fútil del ego, nunca podremos abandonar las inmutables leyes de amor y creación de Dios.

Pasamos ahora a "La voluntad indivisa de la Filiación", la sección que mencioné en la Introducción:

(V.1: 1-3) ¿Podrías estar en paz estando separado de tu identidad? La disociación no es una solución: es algo ilusorio. Los ilusos creen que la verdad los va a agredir, y no la reconocen porque prefieren lo ilusorio. Jesús insinúa que cuando no estamos en paz, es porque nos separamos de

nuestra Identidad como el Hijo de Dios. La disociación, otro término para

describir la dinámica de escindir pensamientos inaceptables, mantiene intacto el sistema de pensamiento de separación y es la solución del ego a

su problema percibido en la mente. Nuestro poder para elegir la verdad de

la unidad es la gran amenaza del ego, por lo que nos engaña al hacernos

pensar que somos individuos separados y sin mente, una identidad disociada en la que nos deleitamos.

(V.1: 4-8) Al juzgar a la verdad como algo indeseable, perciben entonces sus propias ilusiones, las cuales obstruyen el conocimiento. Ayúdales ofreciéndoles tu mente unificada para su beneficio, tal como yo te ofrezco la mía en beneficio de la tuya. Solos no podemos hacer nada, pero juntos nuestras mentes se funden en algo cuyo poder es mucho mayor que el poder de sus partes separadas. Puesto que nuestras mentes no están separadas, la Mente de Dios se establece en ellas como nuestra mente. Esta Mente es invencible porque es indivisa. Más adelante discutiremos qué significa presentar una mente unificada al

mundo ilusorio y cómo ésta es la base del perdón y la curación. Baste decir

por ahora que nuestra función aquí es recordarnos entre nosotros que el

verdadero poder descansa en la unidad, reflejado en el reconocimiento de

nuestras necesidades e intereses compartidos. El poder no descansa en nada

que haga un individuo separado o discreto. Jesús es nuestro modelo para

esta feliz verdad de salvación al enseñar que todos compartimos su poder y gloria. De hecho, somos este poder y gloria porque es compartida por la

Filiación, unificando lo que parecía estar dividido.

(V.2: 1-8) La voluntad indivisa de la Filiación – la Voluntad de Dios – es el creador perfecto, por ser completamente semejante a Dios. No puedes estar excluido de ella si es que has de entender lo que es y lo que

eres tú. Al creer que tu voluntad está separada de la mía, te excluyes a ti de la Voluntad de Dios que es lo que eres. Con todo, curar sigue siendo brindar plenitud. Por lo tanto, curar es unirse a los que son como tú, ya que percibir esta semejanza es reconocer al Padre. Si tu perfección reside en Él, ¿cómo podrías conocerla sin reconocerlo a Él? Reconocer a Dios es reconocerte a ti mismo. No hay separación entre Dios y Su Creación.

Significativamente, Jesús ha declarado aquí lo que se convertirá en la base

del perdón: "Por lo tanto, curar es unirse a los que son como tú, ya que percibir esta semejanza es reconocer al Padre". Nosotros discutiremos esto

brevemente a continuación, y de manera más completa cuando veamos el

Capítulo 9. También abordaremos la discusión de lo que significa estar separado de Dios y luego unirse a Él. En la oración final de arriba, encontramos otra declaración del principio de Expiación: la separación de

nuestra Fuente nunca sucedió, excepto en sueños. Este pasaje continúa el

himno de Jesús a la unidad de la Filiación, y prefigura su mensaje central de

no ver diferencias donde no las hay, sino mirar a través la visión de Cristo

de la verdadera igualdad (o semejanza) del Hijo de Dios.

La última selección relacionada con nuestro tema de la unidad viene en la

sección llamada "El tesoro de Dios". Toda esta sección puede verse como la

formación de la estrofa final de la canción de alegría y gratitud de Jesús:

(VI.1) Somos la voluntad unida de la Filiación, cuya plenitud es para todos. Comenzamos nuestra jornada de regreso juntos, y, según avanzamos juntos, congregamos a nuestros hermanos. Cada aumento de nuestra fuerza se lo ofrecemos a todos, para que ellos puedan también superar su debilidad y añadir su fuerza a la nuestra. Dios nos espera a todos con los Brazos abiertos, y nos dará la bienvenida tal como yo te la estoy dando a ti. No dejes que nada en el mundo haga que

te olvides del Reino de Dios.

El reflejo de nuestra Unidad como Cristo es la experiencia de intereses compartidos en la ilusión. La súplica de Jesús a nosotros, y el llamado del

Espíritu Santo, es que elijamos no escuchar al ego ni creer en su reino de

separación, porque eso solo nos traerá dolor. Qué tonto, entonces, no unirnos con él, cuyo amor nos devolverá al Reino de Amor que ambos tenemos y somos, el cual nunca podríamos abandonar excepto en los sueños

ociosos de especialismo del ego.

(VI.3) Glorifiquemos a Aquel que el mundo niega, pues el mundo no tiene poder alguno sobre Su Reino. Nadie que Dios haya creado puede encontrar dicha en nada excepto en lo eterno, no porque se le prive de todo lo demás, sino porque nada más es digno de él. Lo que Dios y Sus Hijos crean es eterno, y en esto y sólo en esto, radica Su dicha.

El sacrificio (privación) es una de las creencias fundamentales del ego, una

base para su sistema de pensamiento de culpa y castigo. El pasaje anterior

deshace suavemente este pensamiento loco al enfatizar cómo no es un

sacrificio renunciar a una ilusión de felicidad por la alegría de la realidad.

Sólo somos privados de nada más que de nuestra miseria, cuando elegimos

tomar la mano de Jesús, y con ella las manos de todos nuestros hermanos.

Es solo nuestra nada la que "sacrificamos" cuando aceptamos el gozo de la

abundancia de Cristo, la Identidad que compartimos con todos los Hijos separados de Dios.

Lo que sigue es uno de los pocos lugares en Un Curso de Milagros donde hay una discusión de una referencia directa a la Biblia, la parábola del Hijo

Pródigo (Lucas 15:11-32):

(VI.4) Escucha la parábola del hijo pródigo, y aprende cual es el tesoro de Dios y el tuyo: el hijo de un padre amoroso abandonó su hogar y pensó que había derrochado toda su fortuna a cambio de cosas sin valor, si bien no había entendido en su momento la falta de valor de las

mismas. Le daba vergüenza volver a su padre porque pensaba que lo había herido. Mas cuando regresó a casa, su padre lo recibió jubilosamente toda vez que el hijo en sí era su tesoro. El padre no quería nada más.

Curiosamente, la parábola del evangelio no se trata realmente del hijo descarriado, sino del amor del padre. Jesús toma este maravilloso cuento y

lo expande en un recuento del horror de la culpa o la vergüenza que siguió a

la creencia de que habíamos destruido a nuestro Creador. La gloriosa verdad de la Expiación – nada sucedió que pudiese cambiar el Amor del

Padre – alborea en nuestras mentes curadas cuando reconocemos que esto

fue solo un mal sueño. Regresamos al hogar que nunca abandonamos y al

tesoro que nunca derrochamos. Se quedaron con nosotros durante nuestro

sueño, porque el hogar y el tesoro son nuestro Ser.

(VI.5: 1-8) Lo único que Dios desea es Su Hijo porque es Su único tesoro. Tú deseas tus creaciones tal como Él desea las Suyas. Tus creaciones son tu regalo a la Santísima Trinidad, creadas como muestra

de agradecimiento por tu propia creación. Tus creaciones no te han abandonado, de la misma manera en que tú tampoco has abandonado a

tu Creador, sino que extienden tu creación de la misma forma en que Dios Se extendió a Sí Mismo hasta ti. ¿Pueden acaso las creaciones de Dios derivar dicha de lo que no es real? ¿Y qué es real sino las creaciones de Dios y aquellas que son creadas como las Suyas? Tus

creaciones te aman tal como tú amas a tu Padre por el regalo de tu creación. Ningún otro regalo es eterno, y, por lo tanto, ningún otro regalo es verdadero.

La afirmación "Tus creaciones no te han abandonado, de la misma manera

en que tú tampoco has abandonado a tu Creador" es otra referencia al principio de Expiación: las ideas no abandonan su fuente. La Idea del Hijo

de Dios nunca ha abandonado su Fuente, ni tampoco nuestras creaciones, la

extensión del Amor de Cristo. La versión del ego de este principio es exactamente la opuesta: las ideas sí abandonan su fuente. El Hijo puede

abandonar a su Padre y establecer su propia creación errónea y el reino de

la creación errónea, su amor especial, finito y mortal es un triste sustituto

del eterno e infinito Amor del Cielo. Sin embargo, la buena noticia de Jesús

es que el ego no es más que un sueño ocioso que no ha tenido efecto en

nuestra realidad como creaciones y creadores de amor, el regalo del Reino

al Reino.

(VI.8: 4-9) Nuestra función es colaborar juntos porque separados el uno del otro no podemos funcionar en absoluto. El poder del Hijo de Dios reside en todos nosotros, pero no en ninguno de nosotros por separado. Dios no desea que estemos solos porque Su Voluntad no es estar solo. Por eso creó a Su Hijo, y le dio el poder de crear junto con Él. Nuestras creaciones son tan santas como nosotros, y nosotros que somos los Hijos de Dios, somos tan santos como Él. Por medio de nuestras creaciones extendemos nuestro amor, aumentando así el gozo

de la Santísima Trinidad.

Una vez más, Jesús refleja para nosotros la unidad indivisa de la Filiación y

sus creaciones. Ya que el todo se encuentra en cada parte, al no colocar en

el camino la separación cargada de culpa como una barrera entre nosotros

mismos y los demás, y entre nosotros y Jesús, expresamos la unión que refleja la "Unicidad unida cual Una sola" (T-25.I.7:1). Esta unidad es la Filiación, la Segunda Persona simbólica de la Trinidad que es una con el Todo.

(VI.9: 1-5) Yo soy consciente del valor que Dios te otorga. Mi devoción por ti procede de Él. No podemos estar separados. Lo que Dios ha unido no se puede separar, y Dios ha unido a todos Sus Hijos en Sí Mismo. ¿Cómo ibas a poder estar separado de tu vida y de tu Ser?

"Lo que Dios ha unido no se puede separar" es otra referencia a una declaración bien conocida, atribuida a Jesús en los evangelios. La Iglesia

Católica ha visto esto como la ley de Dios de que el divorcio es pecaminoso. Sin embargo, en Un Curso de Milagros, Jesús reinterpreta la

declaración como una expresión del principio de Expiación: no podemos

separarnos de la Unidad perfecta, nuestro verdadero hogar. Podemos soñar

con la separación de Dios y de Su Hijo, pero esto no tiene ningún efecto

sobre nuestra realidad o la de nuestros hermanos. Reconocer nuestra unión

con Jesús nos permite reconocer nuestra unión entre nosotros, la cual es la

condición para recordar nuestra eterna unión con Dios.

(VI.9: 6-11) El viaje a Dios es simplemente el despertar al conocimiento de dónde estás siempre y de lo que eres eternamente.

Es

un viaje sin distancia hacia una meta que nunca ha cambiado. La verdad sólo puede ser experimentada. No se puede describir ni explicar.

Yo puedo hacerte consciente de las condiciones que la facilitan, pero la experiencia en sí forma parte del ámbito de Dios. Juntos podemos satisfacer sus condiciones, pero la verdad vendrá a ti por su cuenta.

Como nunca abandonamos el Cielo, ¿cómo podemos volver a él? La salvación no es realmente un viaje sino un recordatorio de nuestro Ser.

Como esta verdad no puede describirse ni explicarse, sino solo experimentarse, Jesús no intenta hacerlo. Él simplemente refleja nuestra

unidad y señala la condición para despertar a ella. Explica lo que hicimos en la separación, y nos ayuda a entender por qué lo hicimos y por qué todavía nos aferramos a nuestras creaciones erróneas. Esta condición de verdad – el perdón – puede enseñarse, y, al decir que "la verdad vendrá a ti por su cuenta", Jesús se refiere a la ya mencionada metáfora de que Dios da el último paso. Cumplimos nuestro papel de perdón, y cuando nuestros ojos se abren a la verdad, Dios aparentemente cumple con el Suyo. Sin embargo, todo lo que ha sucedido es el final del sueño y nuestro alegre despertar a la realidad que nunca desapareció.

(VI.10) Lo que la Voluntad de Dios ha dispuesto para ti es tuyo. Dios le ha dado Su Voluntad a Su tesoro, para quien esa Voluntad es su propio tesoro. Allí donde esté tu tesoro, estará tu corazón, tal como el Suyo está allí donde se encuentra Su tesoro. Tú, a quien Dios ama, eres completamente ben-dito. Aprende esto de mí, y libera la santa voluntad

de todos aquellos que son tan benditos como tú.

Nuestras mentes tomadoras de decisiones – es decir, nuestros corazones –

realmente pertenecen al Espíritu Santo en nuestras mentes correctas, porque

Su Presencia amorosa nos recuerda nuestro tesoro como el Hijo de Dios. El

propósito de Jesús en su curso es decirnos primero que tenemos una mente,

y segundo que podemos elegir la bendición de Dios en lugar de la maldición del ego, Expiación en lugar de separación, amor en lugar de miedo. Al hacerlo, enseñamos a otros como nos han enseñado a nosotros.

Esto concluye el maravilloso himno a nuestro Ser. A medida que avanzamos en nuestro día, necesitamos mantener estos pensamientos de

unidad, la presencia constante de la verdad, como un leitmotiv al que

llevamos nuestras tentaciones de hacer que la separación sea real. Sin tal vigilancia, estos maravillosos pensamientos terminan vacíos, ya que su significado se encuentra solo cuando llevamos nuestras ilusiones a su verdad. El tema de la Expiación - nuestra unidad inmutable - es el telón de fondo de la mentalidad-correcta contra el cual el temible drama de culpa del ego se despliega y se deshace. Hemos considerado esto en casi todos los capítulos, porque el miedo del ego a la unidad es uno de los temas cruciales de nuestra sinfonía. Ahora pasamos a algunos pasajes que describen el terror de elegir la unidad sobre la separación, de elegir dejar ir al ego como nuestro maestro y abrazar las enseñanzas del Espíritu Santo en su lugar.

El miedo del ego a nuestra elección de la Unidad.

(I.1: 1-3) El conocimiento no es la motivación para aprender este curso. La paz lo es. La paz es el requisito previo para alcanzar el conocimiento, simplemente porque los que están en conflicto no están en paz, y la paz es la condición necesaria para el conocimiento porque es la condición del Reino.

Mientras que, en Un Curso de Milagros, el término conocimiento es sinónimo de amor, verdad y realidad, el logro del conocimiento no es la razón por la que debemos aprender este curso. Más bien, nuestra motivación debería ser sus enseñanzas sobre el milagro, las cuales nos ofrecen escapar de todo dolor y conflicto. Solo entonces podemos sentirnos

en paz y ser verdaderamente felices. El logro de la paz se puede enseñar, y

así es como Jesús nos motiva a ser estudiantes suyos. Como hemos visto, la

base de nuestra existencia mundana es el aparente conflicto entre Dios y el

ego, el cual finaliza, al igual que nuestra identidad especial, cuando aprendemos las lecciones de perdón de Jesús.

(I.1: 4-6) El conocimiento sólo puede ser restituido cuando satisfacemos

sus condiciones. No es éste un trato que Dios haya hecho, pues Dios no

hace tratos. Es simplemente el resultado del uso incorrecto que has hecho de Sus leyes en nombre de una voluntad imaginaria que no es la Suya.

La condición para el conocimiento es la paz, la cual se puede lograr solo a

través del perdón. Este proceso es requerido solo porque hemos fabricado

una voluntad separada de la de Dios, la cual el ego nunca quiere que veamos. El ego tampoco quiere que comprendamos que no es necesario

negociar la paz, sino simplemente aceptarla. Tal aceptación restaura nuestra

voluntad a la de Dios, deshaciendo una voluntad y un yo que nunca existieron en realidad, y disolviendo los efectos ilusorios de nuestro aparente pecado por el uso incorrecto de las leyes del amor y de la creación.

(I.1: 7-10) El conocimiento es Su Voluntad. Si te opones a Su Voluntad, ¿cómo vas a poder gozar de conocimiento? Te he dicho lo que el conocimiento te ofrece, pero tal vez aún no lo consideres algo enteramente deseable. Pues, de lo contrario, no estarías tan dispuesto a

descartarlo cuando el ego te pide que le seas leal.

Esto explica por qué seguimos oponiéndonos a la Voluntad de Dios: no queremos el conocimiento. Cree-mos que existimos como entidades separadas dentro de un mundo perceptivo que es lo opuesto al mundo unificado del Cielo. Consideramos que el conocimiento está lejos de ser deseable, ya que no queremos desaparecer en la unidad y perder el especialismo que nos hace quienes somos: los pensamientos, sentimientos y

experiencias que nos definen. El ego siempre exige lealtad, la que con gusto

le damos, porque no queremos estar en la presencia del conocimiento y

siempre estamos listos para desecharlo, junto con Aquel Que nos lo recuerda. Simplemente declarado, deseamos probar que el principio de Expiación y su Maestro están equivocados, y nosotros, los yo individuales

de separación, tenemos razón.

(I.2: 1) Las distracciones del ego tal vez parezcan interferir en tu aprendizaje, pero el ego no tiene realmente ningún poder para distraerte a menos que tú se lo confieras.

Esta es una de las oraciones que el ego nunca quiere que leamos, porque afirma que el ego en sí mismo es nada. No tiene ningún poder, excepto el que proviene de la decisión de la mente de estar con él. La implicación de esta afirmación es enorme, ya que expone la verdad sobre la nada de nuestro mundo. Todo el poder en la ilusión pertenece únicamente a la mente tomadora de decisiones, el "tú" en la oración anterior, y no a algo externo.

Es por eso que no hay una jerarquía de ilusiones y no hay grados de dificultad en los milagros. Cada problema es el mismo (la decisión de la mente por la separación del ego), como lo es cada solución (la decisión de la mente por la Expiación del Espíritu Santo). Todo el poder en el Cielo y la tierra de hecho nos fue dado (p. ej., L-pl.191.9:1), porque es el poder de nuestras mentes para elegir si permanecer en el infierno del ego o volver a casa.

(I.2: 2-3) La voz del ego es una alucinación. No puedes esperar que te diga: "No soy real".

No podemos esperar que el ego diga "No soy real" más de lo que podemos esperar que miremos en el espejo y digamos: "Esta imagen no es real, ni es el ser que siento, pienso y experimento como yo". Jesús tampoco espera que lo digamos; pero espera que le pidamos su ayuda para que podamos aprender el efecto de no decirlo: dolor, angustia e infelicidad. Él quiere que entendamos que estas son las consecuencias de elegir escuchar la voz del ego, y, para tomar una decisión significativa contra el ego, debemos

entender por qué hemos elegido escucharlo. Lo que claramente se expresa aquí, es que Jesús nos está pidiendo que cambiemos nuestra identificación con el ser del ego que fabricamos al nosotros que lo fabricó, el tomador de decisiones de la mente. Solo entonces podemos disipar el delirante sistema de pensamiento del ego y las alucinaciones que inevitablemente se derivan de ello.

(I.2: 4-6) No obstante, no se te pide que desvanezcas tus alucinaciones por tu cuenta. Se te pide simplemente que las evalúes a la luz de los resultados que te aportan. Si dejas de desearlas debido a la pérdida de paz que te ocasionan, serán eliminadas de tu mente.

El ego nunca quiere que comprendamos que la mente puede elegir entre dos

voces. Nos mantiene creyendo que solo hay una voz – la suya. Tan rápido

como elegimos el ego, éste se proyectó e hizo un mun-do y un cuerpo en el

que existimos sin mente. Estando sin mente, no tenemos conocimiento del

significado de la elección, ya que no solo desconocemos al Espíritu Santo,

sino que también desconocemos al ego. De hecho, somos conscientes de los

egos en otros, pero no tenemos recuerdos de su fuente en la mente que lo

eligió. Pero cuando el perdón nos restaura la conciencia de la mente tomadora de decisiones, podemos invocar al Espíritu Santo para ayudarnos

a elegir la paz sobre el conflicto, la visión en lugar de la alucinación. Como

siempre en su curso, Jesús está pidiéndonos que miremos el sistema de

pensamiento del ego y nos preguntemos: "¿Es esto realmente lo que quiero

cuando esto me está costando la paz de Dios?

(I.3: 1-3) Cada vez que respondes a la llamada del ego estás haciendo

un llamamiento a la guerra, y la guerra ciertamente te priva de paz. Mas en esta guerra no hay adversario. Ésta es la re-interpre-tación de la realidad que tienes que hacer para asegurar tu paz, y la única que jamás necesitas hacer.

Dile eso a cualquier jefe de estado a punto de emprender la guerra.

Solo en la ilusión puede haber un oponente, porque en el loco sistema de pensamiento del ego, el oponente es Dios, Quien no sabe nada de esta locura. En Él no hay mente dividida ni campo de batalla, por lo tanto, no hay guerra. La amenaza de la guerra no es más que parte de la mitología y la estrategia del ego para hacernos huir de la mente y encontrar un refugio en el mundo. El cosmos y nuestra existencia dentro de él descansan en la creencia delirante de que hay una guerra en la mente de la cual tenemos que escapar. Veremos ahora cómo el ego ataca directamente la corrección de la Expiación del Espíritu Santo al decirnos que, de hecho, hay un enemigo por ahí que necesita ser derrotado, y, mientras creamos esa mentira, el ego está vivo y bien; la separación y la oposición habrán triunfado sobre la Unidad indivisa e indiferenciada de Dios.

(1.3: 4) Los que percibes como adversarios forman parte de tu paz, a la cual renuncias cuando los atacas.

Creemos que todas las personas quieren obtener algo de nosotros, lo que justifica que nosotros primero obtengamos algo de ellos, son parte de la unidad que compartimos – en la tierra y en el Cielo. Los atacamos en la tierra precisamente para no tener la paz del Cielo ni recordar el conocimiento que disolvería nuestro ser perceptivo.

(1.3: 5-8) ¿Cómo se puede tener aquello a lo que se renuncia? Compartes para tener, pero no renuncias a lo que compartes. Cuando renuncias a la paz, te excluyes a ti mismo de ella. Es ésta una condición

tan ajena al Reino que te es imposible entender el estado que prevalece dentro de él.

Jesús pregunta: "¿Por qué te quejas de no ser pacífico cuando tiras la paz a la basura?". Nos excluimos de la paz porque no queremos el estado de unidad dentro del Reino. Nosotros establecimos un mundo en oposición a

esta paz y llamamos continuamente a los testigos para que demuestren que

existe, de hecho, una guerra que se librará y se ganará. A pesar de su aparente fuerza, sin embargo, estos testigos son meras sombras de la ignorancia y la nada intrínseca del ego.

(II.1: 4-9) El ego no sabe lo que está tratando de enseñar. Está tratando

de enseñarte lo que eres, si bien él mismo no lo sabe. El ego no es más que un experto en crear confusión. No entiende nada más. Como maestro, pues, el ego está completamente confundido y sólo causa confusión. Aun si pudieses hacer caso omiso del Espíritu Santo, lo cual es imposible, no podrías aprender nada del ego porque el ego no sabe nada.

Que el ego es realmente nada es una parte central del mensaje de Jesús.

Esto significa que el problema nunca es el ego en sí mismo, sino solo la creencia de la mente tomadora de decisiones. Esto nunca se puede enfatizar

lo suficiente, porque es el corazón del perdón y la clave para la eficacia del

milagro en la curación de nuestras mentes divididas. El ego siempre trata de

ocultar el hecho de su propia inexistencia haciéndonos creer que el problema era su sistema de pensamiento de pecado, culpa y miedo, y las

proyecciones resultantes de éste, lo que nos confunde en cuanto a donde

debería estar nuestro enfoque. Reconocer la nada del ego es el primer paso

para restaurar en nuestra conciencia el poder de la mente para elegir. Con

nuestra confusión así deshecha, podemos mirar la decisión equivocada de la mente y elegir de nuevo. La pregunta inevitable, entonces es: (VIII.8: 1-2) Tal vez te preguntes cómo es posible que la voz de algo que no existe pueda ser tan insistente. ¿Has pensado alguna vez en el poder de distorsión que tiene lo que deseas, aun cuando no es real? Esta siempre debería ser nuestra pregunta. El nacimiento refleja la locura de querer nuestra existencia individual hasta tal punto que nos ciega a la verdad de la irrealidad del ego. Esta locura continúa a lo largo de nuestras vidas, y estamos tan cegados por nuestra necesidad de especialismo que no vemos el caos que causa. Esta es, entonces, la respuesta a la pregunta de Jesús: estamos tan atrapados por el deseo de separarnos que no vemos el desastre que causa nuestro abrazo a la individualidad en la vida de todos los que vienen aquí, incluyendo la nuestra. (VIII.8: 3-4) Son muchos los casos que demuestran cómo lo que deseas distorsiona tu percepción. Nadie puede dudar de la pericia del ego para presentar casos falsos. Los gobiernos son brillantes en esta táctica porque los individuos lo son. El mundo y nuestra existencia en él, son testigos de la habilidad del ego en la construcción de casos falsos para reforzar su argumento de separación y especialismo. Huelga decir que el cuerpo es el arma principal del ego en su estrategia macrocósmica y microcósmica de hacer la guerra contra el Hijo de Dios distorsionando su identidad, cambiándola de la mente al cuerpo, desde el sistema de pensamiento del perdón del Espíritu Santo hasta su propio abrazo al juicio y al ataque.

(VIII.8: 5-6) Nadie puede dudar tampoco de que estás dispuesto a escucharle hasta que decidas no aceptar nada excepto la verdad. Cuando dejes de lado al ego, éste desaparecerá.

El hecho mismo de que estemos aquí es una prueba de que estamos dispuestos a escuchar la voz de locura del ego. Aun así, la parte tomadora de decisiones de nuestras mentes puede elegir en cualquier momento dejar a un lado el ego. Este, de nuevo, es el miedo que lleva a la estrategia de la ausencia de mente que asegura que nunca elegiremos contra el ego. Nosotros vemos cómo movimiento tras movimiento en nuestra sinfonía, estos temas se repiten con frecuencia y poder crecientes. Jesús los quiere muy fuertemente impresos en nuestras mentes para que los llevemos con nosotros como respuesta al hecho de que casi todo lo que hacemos aquí intenta cumplir el plan del ego de mantenernos sin mente a través del especialismo y la proyección.

(VIII.8: 7-8) La Voz del Espíritu Santo es tan potente como la buena voluntad que tengas de escucharla. No puede ser más potente sin que viole tu libertad de decisión, que el Espíritu Santo intenta restaurar, no menoscabar.

Si no escuchamos la Voz del Espíritu Santo, no es porque esté susurrando, sino porque nosotros elegimos no escucharla. Recordemos en el Capítulo 2 cómo Jesús apeló a la libertad de elegir de Helen, un tema central en nuestra sinfonía, al decirle a su escriba que no podía quitarle el miedo (T-2.VII.1).

Jesús no nos domina, otro tema importante más. No desprecia el poder de la mente, sino que gentilmente y con amor nos recuerda que el poder de encontrar la paz reside en nuestro interior. El ego optimiza su estrategia de evitar que esa comprensión llegue a la conciencia al hacer que nos

enfocamos exclusivamente en los cuerpos – el nuestro y los de otros – en

una búsqueda continua de especialismo. Lo que sigue es una declaración

muy clara de esta motivación principal del ego:

(IX.6: 1-2) El ego, empeñado siempre en debilitar a la mente, trata de separarla del cuerpo en un intento de destruirla. Mas en realidad cree que la está protegiendo.

Hemos visto cómo el intento del ego de destruir la mente crea un conflicto

real dentro de nosotros. Utiliza la mente para establecerse como real, y luego, a través de la proyección, utiliza este mismo yo para dejarnos sin

mente. De esta manera, el ego tiene su pastel de separación y también puede

disfrutarlo. En verdad, sin embargo, nosotros como egos estamos minando

la mente que nos da nuestra existencia, una situación que solo puede conducir a un aumento de la ansiedad. Destaca la naturaleza precaria de

nuestras vidas, y dado que la verdadera fuente de nuestra incomodidad es

mantenida fuera de la conciencia, el ego triunfa de nuevo.

(IX.6: 3) Esto se debe a que cree que la mente es peligrosa, y que privarte de ella es curarte.

Esto establece claramente la naturaleza del sistema de pensamiento del ego.

Para el ego, la mente es peligrosa porque tiene el poder de extinguir su realidad. Lo que salva al ego, o sostiene su existencia, es dejarnos sin mente. Comprender la motivación del ego aclara todo lo que hace, incluido

las intrigas complejas de sus relaciones especiales. Igual de claro, entonces,

es el deshacimiento del especialismo por parte del Espíritu Santo a través

del perdón, el regreso del Hijo de Dios a su mente tomadora de decisiones

que es la verdadera sanadora.

(IX.6: 4) Pero privarte de tu mente es imposible, puesto que eso significaría destruir lo que Dios creó.

Nuevamente, esta es la paradoja del sistema de pensamiento del ego y la fuente de su miedo. Intenta establecer nuestra ausencia de mente y, al mismo tiempo, es la mente la que nos permite creer que estamos sin mente.

Así, el ego intenta desesperadamente sacar este hecho de la conciencia

haciendo un cuerpo que se enfoque solo en lo que es externo a la mente

para su existencia y sustento. Como somos bastante sutiles para mantener

este estado sin mente, es esencial, para hacer este punto importante una vez

más, que comprendamos la estrategia del ego. Entonces podemos apreciar

la importancia de reconocer el maravilloso tapiz sinfónico del texto en la

presentación y re-presentación de este principio. Tal comprensión también

nos ayuda a reconocer la astucia del ego al intentar socavar nuestro reconocimiento de lo que está haciendo, y un elemento adicional es su uso

inteligente y cuasi militar de la táctica de división y ataque, a la que ahora

nos referimos.

División: El campo de batalla del ataque.

(IX.6: 5-8) El ego detesta la debilidad, si bien trata por todos los medios

de inducirla. El ego desea únicamente lo que odia. Para el ego eso es perfectamente lógico. Y puesto que cree en el poder del ataque, el ego quiere atacar.

Discutir estas cuatro oraciones nos permite desarrollar la actividad belicosa

del ego. El ego cree en el poder del ataque porque eso es lo que lo originó:

la creencia de que atacamos a Dios cuando nos separamos. Luego atacamos

a Su Voz, el Espíritu Santo, diciéndole que no estábamos interesados en Su

principio de Expiación que habría deshecho nuestro yo recién fabricado y
apreciado. El penúltimo golpe en la estrategia del ego para preservar este yo
es hacer que el mundo y el cuerpo sin mente sean una defensa en
contra de
la creencia delirante de que Dios nos atacará en represalia por lo que
nosotros le hicimos a Él. El cuerpo, finalmente procede a atacarse a sí
mismo y a otros cuerpos, reforzando la debilidad básica del ego, a la
cual
odia, aun cuando fomenta tal debilidad a través del ataque continuo.
Podemos ver, por lo tanto, que el sistema de pensamiento del ego
evoluciona a través de la división: división en cuatro veces, en donde
cada
división constituye un ataque.
La primera división, nuevamente, es la separación, en la que atacamos
a
nuestro Creador diciéndole que Su Amor no era suficiente para
nosotros; en
palabras evocadoras de Hamlet, llenos "aquí hay un imán más
atrayente".
Enfrentados entonces por dos reacciones mutuamente excluyentes
ante la
diminuta y alocada idea, el ego y el Espíritu Santo, tenemos que tomar
una
decisión entre los dos. La segunda división, entonces, llega cuando
nuestros
yoes tomadores de decisiones separan la mentalidad-errada del ego de
la
mentalidad-correcta del Espíritu Santo. Esto virtualmente entierra a
nuestro
Maestro, con el ego diciéndole al Hijo que no preste atención a Su Voz
porque Él miente. Como resultado, parece que tenemos una mente
errada
que desde el punto de vista del ego ha atacado exitosamente,
dividiendo al
Hijo del Espíritu Santo, aparentemente para siempre.
La tercera división ocurre cuando el ego nos dice que hay una batalla
en la

mente y que necesitamos huir del ataque y hacer un cuerpo. Ahora hay una división entre mente y cuerpo; y una vez que nos separamos de la mente y nos vemos como cuerpos, olvidamos de dónde venimos. Esta, entonces, es una de las leyes de la dinámica de división del ego: separamos con velos aquello de lo que nos separamos, causándonos el olvido de nuestra Fuente y de nuestro origen. Cuando nos separamos de Dios, olvidamos que hay un Creador, una amnesia que nos establece como auto-creados; cuando separamos la mente errada de la correcta y nos identificamos con la primera, olvidamos que hay una mente correcta; y cuando separamos el cuerpo de la mente, olvidamos la mente misma y nos convertimos en cuerpos sin mente, sin ninguna esperanza de cambiar nuestra anterior decisión por el ego. Una vez que estamos en el cuerpo, nos dividimos, según las instrucciones de la mente, y ahora la batalla se convierte en cuerpo contra cuerpo. Esta división/ataque final toma dos formas. La primera, que examinaremos solo brevemente aquí porque se vuelve más prominente en el próximo capítulo, es cuando nos sentimos atacados por otros y nos sentimos justificados en atacar a cambio: las batallas cotidianas de nuestras relaciones especiales en las que las mutuas falta de perdón representan la división entre nuestros cuerpos y los de los demás. La segunda forma de la guerra entre cuerpos se ve en la enfermedad, donde los cuerpos llamados gérmenes, bacterias y virus atacan nuestros cuerpos. Nosotros luchamos no solo en el campo de

batalla de las relaciones, sino también en la enfermedad, donde los cuerpos son vulnerables a los ataques de microorganismos. Siguiendo las llamadas leyes de la naturaleza, nuestros cuerpos también luchan contra nosotros a medida que envejecemos, deteriorándose gradualmente y disminuyendo su función. Nosotros estamos siempre luchando contra nuestros cuerpos enfermos, una batalla que seguramente perderemos porque la muerte es la última victoria.

En resumen, la estrategia de ausencia de mente del ego comprende cuatro divisiones o escisiones: la separación de Dios, la de la mente errada de la correcta, la del cuerpo de la mente y finalmente la del cuerpo de otros cuerpos. Esta última es la batalla proyectada de la mente entre Dios y el ego, ahora librada en el campo de batalla de la relación especial que incluye las batallas contra la enfermedad. Podemos decir, como veremos en breve, que el propósito la enfermedad es realmente dividir: dividirnos a nosotros mismos contra nosotros mismos. La curación, entonces, es un propósito unificado, en donde la mente y el cuerpo ya no son vistos como separados: las ideas no abandonan su fuente – la idea de la separación nunca podrá abandonar su fuente en la mente, lo que significa que la enfermedad es solo la decisión de la mente por el sistema de pensamiento de separación, pecado, culpa y miedo. Se ve que los cuerpos separados comparten un propósito común, como lo hacen el cuerpo y la mente. Para el ego, es el propósito de atacar y codiciar la ausencia de mente; como todos están divididos, las batallas continúan. Para el Espíritu Santo, es el propósito de

deshacer la creencia en el ataque y restaurarnos a la mente plena.
Este es el
papel del milagro, el cual restaura a la mente su poder como tomadora
de
decisiones. Nuestro nuevo Maestro no ve una batalla, solo una creencia
errónea en la división; sin oponente, solo una elección equivocada de
estar
separado que puede curarse y deshacerse cuando elegimos unirnos a
Él e
identificarnos con Su sistema de pensamiento de perdón.
El cuerpo: ataque/enfermedad versus
curación.
Pasamos ahora a los pasajes de "El cuerpo como medio de
comunicación" y
"El cuerpo como medio o como fin", donde Jesús describe cómo el
cuerpo
obedece a una de dos voces: la voz de ataque del ego (propósito
dividido), o
la Voz de curación del Espíritu Santo (propósito unificado).
Comenzamos
con una descripción de cómo el ataque es una proyección del
pensamiento
de separación del ego en el cuerpo:
(VII.1: 1-2,6-8) Los ataques son siempre físicos. Cuando se infiltra en
tu mente cualquier forma de ataque es que estás equiparándote con el
cuerpo, ya que ésta es la interpretación que el ego hace de él. ...
Siempre que te equiparas con el cuerpo, experimentas depresión.
Cuando un Hijo de Dios piensa así de sí mismo se está menospreciando
y está haciendo lo mismo con sus hermanos, y puesto que sólo puede
encontrarse a sí mismo en ellos, está, por lo tanto, negándose a sí
mismo la salvación.
Negando nuestra realidad como Cristo y, por lo tanto, la realidad de
nuestros hermanos, ¿cómo podríamos no sentirnos deprimidos
especialmente cuando nuestra creencia en el ataque ancla nuestra
atención
en el cuerpo y lejos de la mente que es nuestra única esperanza de
salvación? Sin embargo, la esperanza regresa cuando le pedimos
ayuda al
Maestro de la esperanza, el verdadero miedo del ego que subyace a
todas

las expresiones externas de miedo o ansiedad. En consecuencia, siempre buscamos reforzar la identificación con el cuerpo, ya que esto sirve para enmascarar la culpa de la mente sobre su percibido ataque a Dios. Esta culpa protegida prohíbe la entrada a la Expiación de la mente correcta, el hogar del Espíritu Santo Quién es nuestro Nexo de Comunicación con la verdad, la Voz que nos llama a elegir el perdón en lugar de ataque: (VII.2) Recuerda que para el Espíritu Santo el cuerpo es únicamente un medio de comunicación. Al ser el Nexo de Comunicación entre Dios y Sus Hijos separados, el Espíritu Santo interpreta todo lo que has hecho a la luz de lo que Él es. El ego separa mediante el cuerpo. El Espíritu Santo llega a otros a través de él. No percibes a tus hermanos tal como el Espíritu Santo lo hace porque no crees que los cuerpos sean únicamente medios para unir mentes, y para unirlos con la tuya y con la mía. Esta interpretación del cuerpo te hará cambiar de parecer con respecto al valor de éste. El cuerpo, de por sí, no tiene ningún valor. Usando el mismo cuerpo que el ego hizo para atacar y ser atacado, las lecciones del Espíritu Santo nos enseñan a invertir la proyección de separación y regresar a la mente donde podemos elegir nuevamente. Entonces, el propósito del cuerpo se vuelve santo, porque como resultado del cambio de mentalidad del Hijo, un símbolo de separación (intereses separados) se ha transformado en un símbolo de unión (intereses compartidos). Una sombra no puede cambiar, pero su fuente sí puede. Pedirle ayuda al Espíritu Santo deshace la culpa de la mente que proyecta su sombra en el cuerpo, levantando los velos oscuros de especialismo y permitiendo a la luz del perdón y la curación brillar sobre él en lugar de éstos.

(VII.3) Si usas el cuerpo para atacar, éste se convierte en algo perjudicial para ti. Si lo usas con el sólo propósito de llegar hasta las mentes de aquellos que creen ser cuerpos para enseñarles a través del mismo cuerpo que eso no es verdad, entenderás el poder de la mente que reside en ti. Si usas el cuerpo con este fin, y sólo con este fin, no lo podrás usar para atacar. Cuando se usa con el propósito de unir, se

convierte en una hermosa lección de comunión, que tiene valor hasta que la comunión se consuma. Ésta es la forma en que Dios hace que lo que tú has limitado sea ilimitado. El Espíritu Santo no ve el cuerpo como lo ves tú porque sabe que la única realidad de cualquier cosa es el

servicio que le presta a Dios en favor de la función que Él le asigna. El propósito le da al cuerpo su significado, no el cuerpo mismo. Este tema

clave de la sinfonía de Jesús enfatiza su enseñanza de que la mente tomadora de decisiones que elige el ego es el problema, no el cuerpo que

parece atacar. Del mismo modo, la salvación no se puede encontrar en el

cuerpo, sino solo en la mente. Este es quizás un significado no tan sutil de

la referencia a la comunión, donde Jesús, como lo hizo en el anterior capítulo, corrige la errónea idea Católica de lo que significa unirse con él.

Uno nunca puede estar en comunión con un cuerpo, sino solo con una mente. De hecho, uno ni siquiera se une con una mente ya que nosotros ya

estamos unidos en el único pensamiento del único Hijo de Dios. La salvación radica en reconocer nuestra unidad con la mente de Jesús, no en

buscar la unidad uniéndonos a su cuerpo. Sin embargo, es a través de las

enseñanzas de la figura que llamamos Jesús que llegamos a saber que su

mente es la nuestra, y a través del cambio del propósito del cuerpo - llegar

a la mente invirtiendo la proyección - la separación se cura y despertamos a

la gloriosa realidad de nuestra unidad con el Creador. Esta es la verdadera

comunión. El comienzo del próximo párrafo refuerza la idea del propósito:

(VII.4) La comunicación pone fin a la separación. El ataque la fomenta.

El cuerpo es feo o hermoso, violento o apacible, perjudicial o útil, dependiendo del uso que se haga de él. Y en el cuerpo de otro verás el uso que has hecho del tuyo. Si tu cuerpo se convierte en un medio que

pones a disposición del Espíritu Santo para que Él lo use en nombre de la unión de la Filiación, no verás lo físico excepto como es. Úsalo para la verdad y lo verás correctamente. Úsalo incorrectamente y lo interpretarás mal, lo cual habrás hecho ya al usarlo incorrectamente. Interpreta cualquier cosa sin el Espíritu Santo y desconfiarás de ello. Eso te conducirá al odio y al ataque, y hará que pierdas la paz. Otro tema importante se reintroduce aquí. Dado que las decisiones de la mente son desconocidas para nosotros, al estar identificados con el cuerpo sin mente, solo podemos acceder a ellas cuando percibimos el cuerpo a través de los ojos de Jesús. Su visión nos permite recordar la proyección de la mente al reconocer que lo que vemos afuera es la consecuencia directa de lo que primero vimos adentro: la proyección da lugar a la percepción. Atacar a otro a través de ver diferencias donde no existe ninguna, se convierte en nuestra oportunidad – elegir la visión en lugar del juicio – para reconocer el ataque a nosotros mismos al haber elegido al ego como nuestro maestro y amigo, haciendo un mal uso del poder de la mente. La culpa inevitablemente sigue a nuestra decisión equivocada, dando lugar a la proyección: odio, ataque y pérdida de paz. En este punto no podemos evitar percibir equivocadamente a nuestros hermanos, viéndolos como objetos de nuestras proyecciones especiales de odio o amor en lugar de reconocer que somos los mismos miembros con mentalidad-dividida de la Filiación. Esta conexión entre nuestro auto-odio y el odio proyectado se reitera: (VII.5: 3-4) ... cuando ves a un hermano como una entidad física, “pierdes” su poder y su gloria así como los tuyos. Lo has atacado, pero tienes que haberte atacado a ti mismo primero. La curación, entonces, llega cuando reconocemos que nuestra salvación radica en recordar la unidad de la Filiación; es decir, que cada fragmento

aparentemente separado de la Filiación es santo: nosotros, nuestros hermanos y Jesús. Esto se traduce en la percepción curada de reconocer la igualdad universal entre los Hijos de Dios, sin excepción. A pesar de las diferencias obvias que nos mantienen separados en el nivel del cuerpo, nosotros permanecemos unidos al compartir la misma mente dividida que consiste en ataque, perdón y tomador de decisiones. Dado que, una vez más, la proyección da lugar a la percepción, lo que elegimos ver en otro, pecado o inocencia, es el resultado de lo que hemos visto por primera vez en nosotros mismos. Siempre elegimos entre la pequeñez del ego separado y la grandeza del Cristo unificado, un tema que se presenta en lo que inmediatamente sigue, y nuevamente en movimientos posteriores de nuestra sinfonía:

(VII.5: 5-8) Por tu propia salvación – que le ha de brindar a él la suya – no lo veas así. No dejes que él se menosprecie a sí mismo en tu mente, sino libéralo de su creencia de que es insignificante y así te liberarás tú de la tuya. Como parte de ti, él es santo. Como parte de mí tú lo eres. Entablar comunicación con cualquier parte de Dios es ir más allá del Reino hasta su Creador gracias a Su Voz, la cual Él ha establecido como parte de ti.

Así, nuestros hermanos se convierten en nuestros salvadores. Sin nuestras percepciones erróneas sobre su identidad, verlos como cuerpos, no tendríamos forma de obtener acceso a nuestras mentes perceptivas para poder hacer una mejor elección. A medida que elegimos la grandeza en lugar de la pequeñez, nuestra mente curada refuerza la misma elección por la mentalidad-correcta para los demás. De hecho, no podemos elegir para nosotros mismos sin que sea para toda la Filiación. Siempre debemos recordar que la mente del Hijo de Dios es una, en la verdad y en la ilusión.

Así, continuamos nuestro viaje con Jesús, aprendiendo que su santidad es la

nuestra, como la nuestra es también de toda la Filiación. En este próximo

pasaje, Jesús continúa su lección sobre la discontinuidad de mente/pensamiento y cuerpo:

(VII.7) La Biblia dice: “El Verbo (o pensamiento) se hizo carne”.

Estrictamente hablando eso es imposible, puesto que parece implicar que un orden de realidad pasó a ser otro. Los distintos órdenes de realidad, al igual que los distintos grados de dificultad en los milagros, tan sólo dan la impresión de existir. El pensamiento no se puede convertir en carne excepto mediante una creencia, ya que el pensamiento no es algo físico. El pensamiento, no obstante, es comunicación, para lo que sí se puede usar el cuerpo. Éste es el único uso natural que se puede hacer de él. Usarlo de forma antinatural es perder de vista el propósito del Espíritu Santo, y confundirse con respecto al objetivo de Su plan de estudios.

En esta oración inicial del párrafo anterior, Jesús nos ofrece otra corrección

a la Biblia. La famosa declaración del prólogo del evangelio de Juan que

siempre se ha citado como "prueba" de la encarnación divina de Jesús: el

Pensamiento de Dios hecho hombre. Ya que en verdad el Hijo de Dios nunca podrá abandonar a Su Padre – las ideas no abandonan su Fuente – la

historia del nacimiento de Jesús como un cuerpo debe permanecer en el

reino del mito. Tomarlo literalmente solo puede generar confusión en cuanto a la naturaleza de la realidad, que por supuesto es la meta perenne

del ego. Recordemos que el cuerpo existe solo como una proyección de la

mente. Ya que, nuevamente, las ideas no abandonan su fuente, el cuerpo

permanece dentro de la mente, de la misma manera en que los cuerpos que

parecen muy reales en los sueños mientras dormimos, sólo tienen existencia

dentro de la mente del soñador. Cuando nuestros ojos se abren y nos

despertamos de nuestro sueño, las figuras de los sueños se disuelven en la nada de su ilusoria existencia como formas separadas del soñador. En todos

los sueños, sin embargo, durmiendo o despierto, el cuerpo simbólico representa el pensamiento que lo determina, ya sea el pensamiento antinatural de la culpa (la falta de comunicación del ego) o el pensamiento

natural del perdón (la comunicación del Espíritu Santo).

(VII.14) Tú no estás limitado por el cuerpo, y el pensamiento no puede hacerse carne. La mente, no obstante, puede manifestarse a través del cuerpo si va más allá de él y no lo interpreta como una limitación.

Siempre que ves a alguien limitado a un cuerpo o por un cuerpo, estás imponiéndote a ti mismo ese mismo límite. ¿Estás dispuesto a aceptar eso, cuando el único propósito de tu aprendizaje debería ser escaparte de toda limitación? Todo aquel que concibe el cuerpo como un medio de ataque y cree que de ello puede derivar dicha, demuestra inequívocamente que es un mal estudiante. Ha aceptado un objetivo de

aprendizaje que contradice claramente el propósito unificado del plan de estudios y que le impide aceptar como propio el propósito de éste. Jesús vuelve a la discontinuidad del pensamiento y la carne, la mente y el

cuerpo. Como hemos visto muchas veces, el cuerpo es una proyección del

pensamiento o propósito de la mente: la limitación del ego cargada de culpa, o el perdón que deshace todos los límites, devolviéndonos a lo ilimitado. Creer que los límites del ataque, no ver la Filiación en su conjunto, puede traernos paz, es una locura. Atacar a otro es atacarnos a

nosotros mismos, privándonos de la alegría que viene solo de unirnos con

otros. Tenemos que liberar el ego como nuestro maestro y aceptar a Jesús en

su lugar. Su plan de estudios termina con la separación porque se basa en

intereses compartidos, que unifican nuestro propósito con él y, por lo tanto,

con Dios, como leemos ahora:

(VII.15) La dicha procede de un propósito unificado, y un propósito

unificado es algo que es única-mente propio de Dios. Cuando tu propósito está unificado es el Suyo. Si crees que puedes interferir en Su

propósito necesitas salvación. Te has condenado a ti mismo, pero la condenación no es algo que proceda de Dios. Por lo tanto, no es real.

Ni

tampoco lo son sus aparentes resultados. Cuando ves a tu hermano como un cuerpo, lo estás condenando porque te has condenado a ti mismo. No obstante, si toda condenación es irreal, y tiene que serlo puesto que es una forma de ataque, entonces no puede tener consecuencias.

Nuestro propósito unificado ahora ha pasado de la culpa al perdón, de los

intereses separados a los compartidos, y nosotros somos capaces de ver que

nuestros ataques a Dios, a nosotros mismos y a otros no han tenido efecto;

sus aparentes resultados no son verdad. Nuestros errores se corrigen suavemente y las pesadillas de pecado y culpa se transforman silenciosamente en sueños felices de perdón y curación. Por cierto, Jesús no

nos pide que neguemos el cuerpo que ven nuestros ojos, sino que en su

lugar neguemos – el uso de mentalidad-correcta de la negación – el propósito de separación y especialismo que le ha dado el ego. Una vez hecha la limitación del amor (T-18.VIII.1:1-4), el cuerpo es algo completamente neutro (L-pII.294), y se encuentra a la espera del propósito

que le dan nuestras mentes errada o correcta: condenación o perdón, juicio

o visión, permanecer en el sueño o despertar a la realidad.

Subyacente a este pasaje está el fundamento metafísico de la no-dualidad

del Curso: lo que no es de Dios no existe ni tiene efectos. No necesitamos

ser salvados del ego o de sus multitudinarias formas corporales, sino solo de

nuestra creencia de que su sistema de pensamiento de separación, culpa y

ataque puede llegar a estar entre nosotros y Dios, y luego entre nosotros y los demás. Solo en sueños febriles de locura esto sería posible. La salvación, nos da el simple mensaje de que "lo falso es falso, y que lo que es verdad jamás ha cambiado" (L-pll.10.1:1). Al aceptar esta "simple declaración de un simple hecho" (T-26.III.4:5) estamos curados, y eso es verdadera alegría.

(VIII.1: 1-2) Las actitudes que se tiene hacia el cuerpo son las actitudes que se tienen hacia el ataque. Las definiciones del ego con respecto a todas las cosas son inmaduras, y están siempre basadas en el propósito

que él cree que todas ellas tienen.

Todo el cuerpo del ego se relaciona con el propósito del ataque, porque el

cuerpo es la proyección del ataque, siendo nada más que el pensamiento de

separación de Dios que no ha abandonado su fuente. Para el Espíritu Santo,

por otro lado, el propósito del cuerpo refleja el cambio en la mente del ataque al deshaci-miento el ataque a través de perdón.

A lo largo de Un Curso de Milagros, Jesús se refiere a nosotros como niños

o como bebés (por ejemplo, T-4.II.5:2-3; T-22.I.6:3-7), y algunas veces por

implicación, como infantes (p. ej., T-19.IV-C.9:3; 10:4), pero nunca como

adultos. No hay duda de que somos niños espirituales con una comprensión

limitada del signi-ficado de los eventos. Al igual que con los niños cronológicos, con el significado de las relaciones, y mucho menos con nuestras reacciones a las situaciones, esto se ve a través del lente de nuestros propios intereses: lo que satisface nuestras necesidades especiales

es bueno; lo que no las satisface es malo. El propósito de todo es ¿Qué hay

para mí? Para el ego, estas necesidades siempre son satisfechas al reforzar

la culpa a través del ataque, el significado y el propósito final de nuestras relaciones especiales de amor y odio.

(VIII.2: 1-2) El cuerpo existe en un mundo que parece tener dos voces que luchan por su posesión. En esta percibida constelación se considera

al cuerpo como capaz de alternar su lealtad de una a otra, haciendo que los conceptos de salud y enfermedad tengan sentido.

El Espíritu Santo, por supuesto, no lucha, pero el ego cree que está en guerra con Él. Estrictamente hablando, el ego no sabe acerca del Espíritu

Santo, él realmente está en guerra con el poder del tomador de decisiones

de la mente para elegir el Espíritu Santo y Su Expiación. El poder de esta

mente es el enemigo supremo del ego, al cual busca derrotar dejándolo

impotente a través de su estrategia de ausencia de mente: la fabricación del cuerpo.

La salud es un concepto significativo solo porque es la corrección de la enfermedad, pero esta no tiene nada que ver con el cuerpo, al igual que la

enfermedad. La enfermedad es simplemente la elección de la mente por el

ego, como la salud es la elección por el Espíritu Santo. Sin embargo, debido

a que la mente proyecta su elección de una de las dos voces, nuestro ser

físico experimenta esta elección proyectada entre enfermedad y salud, exactamente lo mismo que la elección de ataque o perdón. Ambos son ilusorios, ya que en la realidad no-dualista del Cielo el estado de perfecta

Unidad hace que la elección sea imposible; la toma de decisiones existe

únicamente en el estado dualista de la ilusión.

(VIII.3) Ha sido muy difícil superar la creencia del ego de que el cuerpo es un fin porque esta idea es análoga a la creencia de que el ataque es un fin. El ego tiene un marcado interés por la enfermedad. Si estás enfermo, ¿cómo podrías refutar su firme creencia de que no eres

invulnerable? Éste es un razonamiento atractivo desde el punto de vista del ego porque encubre el ataque obvio que subyace a la enfermedad. Si reconocieses esto y además te opusieras al ataque, no podrías utilizar la enfer-medad como un falso testigo para defender la postura del ego. El ego usa la enfermedad como una de sus principales armas, ya que se enfoca en el cuerpo, excluyendo nuestro retorno a la mente que es nuestra única esperanza de salvación. La vulnerabilidad de un cuerpo enfermo demuestra que no podemos ser el Hijo invulnerable que Dios creó. Jesús nos pide que usemos su principio de perdón como el verdadero testigo de la Expiación del Espíritu Santo; nuestra invulnerabilidad como mentes nos permite no tomar personalmente el ataque de otro a nuestro cuerpo, física o psicológica-mente. Tal testigo es una maldición para el ego, por eso siempre busca convencernos de que nuestra salvación radica en atacarnos a nosotros mismos (enfermedad) o a otros (juicio). De tal ataque es el reino del ego en la tierra.

(VIII.5) Todavía sigue siendo cierto que el cuerpo, de por sí, no tiene ninguna función porque no es un fin. El ego, no obstante, lo establece como un fin porque, como tal su verdadera función queda velada. Éste es el propósito de todo lo que el ego hace. Su único objetivo es hacer que se pierda de vista la función de todo. Un cuerpo enfermo no tiene sentido. No puede tener sentido porque la enfer-medad no es el propósito del cuerpo. La enfermedad tendría sentido sólo si las dos premisas básicas en las que se basa la interpretación que el ego hace del cuerpo fuesen ciertas: que el propósito del cuerpo es atacar, y que tú eres un cuerpo. Sin estas dos premisas la enfermedad es inconcebible. Encontramos aquí un resumen sucinto de este tema central de la estrategia

del ego: mantener al Hijo de Dios sin mente al enfocarse exclusivamente en el cuerpo – atacándose a sí mismo a través de la enfermedad o a otros a través de la ira. El cuerpo existe para el ego únicamente como objeto de proyección, reforzando nuestra identidad como cuerpos vulnerables y no como mentes culpables. Al decirnos que los cuerpos se enferman y requieren curación (los cuerpos atacan y necesitan perdón), el ego oscurece la función de la mentalidad-correcta de reflejarnos la fuente de todas las enfermedades y ataques: la mente tomadora de decisiones que necesita curación y perdón. Nuevamente, Jesús habla del propósito de la enfermedad: (VIII.6: 1-3) La enfermedad es una forma de demostrar que puedes ser herido. Da testimonio de tu fragilidad, de tu vulnerabilidad y de tu extrema necesidad de depender de dirección externa. El ego usa esto como su mejor argumento para demostrar que necesitas su dirección. Así es como el ego nos atrapa. Nos dice, distorsionando la verdad como siempre, que la forma de escapar del destino aterrador de la ira de Dios es abandonar la mente y hacer un cuerpo en el que estemos a salvo. Nosotros creemos en el ego, pero terminamos condenados a una existencia corporal de enfermedad y muerte. Olvidando que nuestras mentes eligieron estar en un cuerpo, no tenemos más remedio que hacer frente a vivir en un estado altamente vulnerable, siempre necesitando ayuda para lidiar con el destino inevitable de nuestra debilidad y mortalidad inherente. No hace falta decir que el especialismo del ego viene al rescate, por lo que aprendemos muy

pronto sobre cómo manipular a otros – personas y cosas – para satisfacer nuestras necesidades de dependencia de protegernos del miedo, ansiedad, hambre, sed, cosas elementales, malestar generalizado y soledad. Nos hemos convencido de la necesidad de confiar en la orientación del ego, y dado que no somos conscientes de que no nos asesora correctamente y que su guía siempre nos ha fallado, lo llamamos una y otra vez de nuevo. Finalmente, reconocemos que hay algo muy malo en pedirle ayuda y por fin decimos: "Tiene que haber un camino mejor". Para evitar esto, el as del ego en este bache es la negación: simplemente olvidamos lo que hemos hecho. Sin recuerdo de haber elegido el cuerpo escuchando al ego, una mala elección por decir lo menos, el concepto de decisión no tiene sentido para nosotros. Seguimos casados con el ego, nuestro único "amigo", y no tenemos más remedio que seguir buscando ayuda para resolver el problema del cuerpo. Necesitamos recordar la doble faceta del principio de que aquello de lo que nos separamos lo olvidamos, y recordamos sólo aquello que hemos separado. Este recuerdo nos permite revertir la dinámica de amnesia y conciencia selectiva del ego, olvidando lo que recordamos y recordando lo que olvidamos (T-5.II.6:1; T-7.II.6). Esto abre la puerta a una elección significativa y una verdadera guía. . (VIII.6: 4) Impone [el ego] un sinfín de reglas para que se eviten funestos desenlaces. Nuestras vidas consisten en resultados catastróficos, pero cada una de las recetas del ego genera aún más catástrofes. Por ejemplo, a veces tomamos medicamentos que terminan lastimándonos, lo que requiere medicina que

incluso nos puede matar. Así, es el trabajo del ego: decirnos que el especialismo nos salvará, lo que nos obliga a saltar a sus brazos a pesar de que deberíamos saber desde una edad temprana que no funciona; sus regalos no duran. Aun así, seguimos abrazando nuestro especialismo, lo que lleva a más problemas que nos impulsan a pedirle ayuda nuevamente. Este ciclo aparentemente interminable solo sirve para aumentar nuestra ansiedad, culpa y miseria. Sin otra guía disponible, seguimos recurriendo al ego y a sus consejos de siempre más especialismo, más proyección, más cuerpos para atacar – más, más, más – y nada cambia.

(VIII.6: 5-6) El Espíritu Santo, perfectamente consciente de la misma situación, no se molesta en analizarla en absoluto. Si los datos no tienen sentido, no tiene objeto analizarlos. Esta es una expresión del primer y fundamental principio del Curso: no hay grados de dificultad en los milagros. No tenemos que analizar un problema porque todos los problemas son iguales. Ellos no nos engañan en el mundo de los cuerpos, sino en la mente que eligió mal. Este único error es todo lo que el Espíritu Santo ve y, por lo tanto, no analiza nuestros problemas ni nos ayuda en su nivel específico. Más bien, Él utiliza sus muchas formas para recordarnos su único contenido, la decisión de la mente por la culpabilidad. Analizar los detalles de cualquier situación nublan nuestra conciencia de la simplicidad del problema y su respuesta, retardando la capacidad de la mente para elegir de nuevo.

(VIII.6: 7-8) La función de la verdad es recopilar información que sea verdadera. Sea cual sea la forma en que trates de usar el error, de ello no resulta nada.

Nuevamente, no vale la pena analizar un error específico, porque cualquier cosa que se haga que esté basada en el sistema de pensamiento de separación del ego no funcionará. Puede hacerlo temporalmente en este nivel, sin duda, pero Jesús nos ayuda a comprender las implicaciones a largo plazo de recurrir continuamente a la ayuda del especialismo del ego: nosotros pagamos el alto precio de haber hecho verdades ilusiones e ilusoria a la verdad, siendo el sufrimiento y el dolor el resultado inevitable de tal tontería.

(VIII.6: 9) Cuanto más complicados se vuelven los resultados, más difícil puede que resulte reconocer su insubstancialidad, mas no es necesario examinar todos los posibles resultados a que las premisas dan

lugar a fin de juzgarlos correctamente.

Este tema principal en nuestra sinfonía se repetirá una y otra vez. No es

necesario estudiar exhaustivamente un problema – por ejemplo, qué es

específicamente incorrecto en una relación – ya que eso hace girar nuestras

ruedas sin rumbo y sin sentido. De hecho, a veces puede ser útil analizar

una situación problemática, pero solo como un medio de reconocer la inutilidad innata del proceso. No tiene sentido continuar con actividades

que son esencialmente infructuosas. Lo único malo en una relación es que

nuestras mentes han elegido al ego como su guía, lo que significa que vemos nuestros intereses como algo separado (enfermedad) de otros en

lugar de como algo compartido (curación). No hace falta decir que los intereses compartidos no significan unirse con alguien en una alianza contra

otro. Para que los intereses se compartan de verdad, deben ser compartidos

con todas las personas, todo el tiempo, en todas las situaciones. De lo

contrario, estamos predicando la ahora familiar jerarquía de ilusiones, la

primera ley destructiva del caos del ego (T-23.II.2).

(VIII.7: 1-3) Un recurso de aprendizaje no es un maestro. No te puede decir cómo te sientes. No sabes cómo te sientes porque has aceptado la

confusión del ego, y, por lo tanto, crees que un recurso de aprendizaje puede decirte cómo te sientes.

Creemos que el cuerpo (el recurso de aprendizaje de la mente) puede decirnos cómo nos sentimos. Entonces adoramos a nuestros sentimientos,

físicos y psicológicos, sin reconocer su origen en el pensa-miento de separación que nunca ha abandonado su fuente en la mente. Los sentimientos de dolor provienen de la culpa; los sentimientos de verdadera

alegría, en los que todos se unen, vienen de la Expiación. La única fuente de

todos los sentimientos, independientemente de su miríada de formas de

expresión, es la mente tomadora de decisiones del Hijo.

(VIII.7: 4) La enfermedad no es más que otro ejemplo de tu insistencia en querer pedirle dirección a un maestro que no sabe la respuesta.

La enfermedad del cuerpo no es más que una proyección sombría de la enfermedad real, la elección de la mente por el ego y la creencia de que su

guía nos ayudará y su culpa nos salvará. Esta decisión de dos niveles en

favor de la enfermedad, la culpa de la mente y los síntomas del cuerpo,

parecen asegurar que la sabiduría de nuestro verdadero Maestro nos será

negada para siempre. Tanto la mente correcta como el tomador de decisiones han sido enterrados por la culpa y el cuerpo respectivamente.

(VIII.7: 5-7) El ego no puede saber cómo te sientes. Cuando dije que el ego no sabe nada, dije lo único que es completamente cierto con respecto al ego. Pero hay un colorario: si sólo el conocimiento existe y el

ego no tiene conocimiento, entonces el ego no existe.

Estas son palabras que el ego nunca quiere que entendamos, por eso, como estudiantes del Curso al leer estas palabras, nuestros ojos se posan sobre ellas y nuestros cerebros se mueren. Leemos y decimos: "Oh, eso que dice no es agradable", sin darnos cuenta de lo que significa y con qué frecuencia elegimos al ego como nuestro maestro para preservar el no-ser de nuestro ser, evitando la amenaza de recordar el poder de la mente para despertar a su verdadero Ser.

(VIII.9: 1-4) El Espíritu Santo te enseña a usar el cuerpo sólo como un medio de comunicación entre tus hermanos y tú, de modo que Él pueda

enseñar Su mensaje a través de ti. Esto los curará y, por lo tanto, te curará a ti. Nada que se utilice de acuerdo con su propia función tal como el Espíritu Santo la ve, puede enfermar.

Nuestro propósito curado ahora es la unificación, no la división, cambiando

el propósito de nuestras relaciones especiales desde la culpa hasta las oportunidades para comprender que no estamos separados unos de otros.

Estas impías relaciones se convierten en aulas en las que aprendemos que a

pesar de que habitamos cuerpos separados, nuestras mentes comparten un

propósito común. Podemos usar un cuerpo enfermo o una relación como el

medio para regresar a nuestras enfermas mentes tomadoras de decisiones.

Todo ahora tiene el único propósito de ayudarnos a ser verdaderamente

conscientes, reflejando que hemos elegido la Expiación en lugar de la separación, los intereses compartidos en lugar de los separados, y la curación en lugar de la enfermedad.

(VIII.9: 5-7) No permitas que el cuerpo sea el reflejo de una mente dividida. No dejes que sea una imagen de la percepción de pequeñez que tienes de ti mismo. No dejes que refleje tu decisión de atacar.

Como en el movimiento de apertura de nuestra sinfonía, Jesús nos ayuda a entender que el nivel del cuerpo nos refleja la decisión de la mente y nos pide que no confundamos los niveles de mente y cuerpo, causa y efecto. El cuerpo que hasta ahora había simbolizado nuestra elección por la separación, la culpa y el ataque se transforma en nuestra percepción de un reflejo de la decisión de nuestra mente curada por la Expiación, el perdón y la paz; alegremente, hemos reemplazado la pequeñez del ego con la grandeza de Cristo.

(VIII.9: 8-10) Se reconoce que la salud es el estado natural de todas las cosas cuando se deja toda interpretación en manos del Espíritu Santo, Quien no percibe ataque en nada. La salud es el resultado de abandonar todo intento de utilizar el cuerpo sin amor. La salud es el comienzo de la correcta perspectiva con respecto a la vida bajo la dirección del único Maestro que sabe lo que ésta es, al ser la Voz de la Vida Misma.

Como la enfermedad es la elección de la mentalidad-errada de identificarnos con el propósito del ego de culpa y ataque, la salud es la corrección del error de la mente al elegir el propósito del Espíritu Santo, al

reconocer que el mundo expresa nuestra decisión por el ego. Tal reconocimiento nos lleva de vuelta a la mente donde podemos elegir la ayuda y curación reales. Este cambio puede o no afectar la condición del

cuerpo, lo cual es irrelevante para la verdadera salud: la paz que es nuestro

único objetivo y la motivación para aprender este curso (T-8.in.1:1-2; T24.in.1:1). La decisión por el Espíritu Santo, por lo tanto, nos lleva de vuelta del borde de la muerte a la puerta que se abre a la vida eterna.

(IV.4: 1-7) ¿No crees que el mundo tiene tanta necesidad de paz como tú? ¿No te gustaría dársela en la misma medida en que tú desees recibirla? Pues a menos que se la des, no la recibirás. Si quieres recibirla de mí, tienes que darla. La curación no procede de nadie más. Tienes que aceptar dirección interna. La dirección que recibas no puede sino ser lo que quieres, pues, de lo contrario, no tendría sentido para ti.

Pedirle a Jesús que nos sane es un gesto vacío si no va acompañado del

deseo de compartir su don con todos. De lo contrario, pedimos separación y

la recibimos, junto con sus dones de culpa y miedo, miseria y sufrimiento.

Así volvemos a uno de los temas centrales de nuestra sinfonía: retirar la fe

en la guía del ego, eligiendo en cambio seguir a Jesús, quien felizmente nos

lleva a casa en su alegre viaje de perdón.

(IV.4: 8) Por eso es por lo que la curación es una empresa de colaboración.

La curación es una "empresa de colaboración" porque el problema de la

enfermedad es la separación o división, mientras que la curación descansa

en el reconocimiento de que no nos oponemos a los demás, sino que estamos unidos en un propósito común. Recordemos cómo Jesús dijo anteriormente que "la salvación es una empresa de colaboración"

(T4.VI.8:2). Esta colaboración es doble: colaboramos con Jesús para aprender

su mensaje de perdón, lo cual implica aceptar la colaboración con nuestros

hermanos - "al arca de la paz se entra de dos en dos", que se leerá más tarde

(T-20.IV.6:5). La máxima del ego de uno u otro se deshace suavemente cuando el único Hijo de Dios es restaurado a su estado natural de unidad.

(IV.4: 9-11) Yo puedo decirte lo que tienes que hacer, pero tú tienes que

colaborar teniendo fe en que yo sé lo que debes hacer. Sólo entonces decidirá tu mente seguirme. Sin esta decisión no podrás curar porque ello supondría que habrías decidido en contra de la curación, y este rechazo de lo que yo he decidido para ti impediría la curación.

No se trata de hacer lo que Jesús nos pide que hagamos; debemos creer en

su sistema de pensamiento. Recuerda, hablamos solo de pensamiento: la

culpa del ego y la Expiación del Espíritu Santo. Si nuestra mente no elige seguir a Jesús, el proceso de curación se ve frustrado, ya que la decisión por el ego es la decisión por la enfermedad. Es importante destacar que no estamos hablando de comportamiento, sino de la elección activa de la mente por el perdón y la curación en lugar del especialismo y la enfermedad. Es nada menos que la opción de seguir Jesús y despertar del sueño de la muerte del ego.

(IV.5: 1) La curación es un reflejo de nuestra voluntad conjunta. Vemos repetidamente cómo la curación no tiene nada que ver con el cuerpo o el comportamiento, sino con la corrección de la mente de su antigua decisión de separarse. Ahora elegimos unirnos con Jesús y con nuestros hermanos, y esto deshace la creencia fundamental del ego de que la separación del amor se logró, como ahora leemos:

(IV.5: 2-5) Esto resulta obvio cuando se examina el propósito de la curación. La curación es la manera de superar la separación. La separación se supera mediante la unión. No se puede superar separando.

El tema del propósito aparece nuevamente. El propósito de la curación no

es ayudar a un cuerpo a sentirse mejor o incluso a tratar de lograr la paz

mundial, sino para ser el medio por el cual se supera la creencia del Hijo en

la separación, una creencia que no tiene poder en sí misma. La mente tomadora de decisiones se sana a medida que aprende a compartir el propósito del perdón con otro, adquiriendo el poder de la visión de Cristo

que ve la intrínseca semejanza en los fragmentos separados del único Hijo de Dios.

(IV.5: 6-8) La decisión de unirse tiene que ser inequívoca, o, de lo contrario, la mente misma estaría dividida e incompleta. Tu mente es el

medio por el cual determinas tu propia condición, ya que la mente es el

mecanismo de decisión. Es el poder mediante el que te separas o te unes, y, consecuente-mente, experimentas dolor o alegría.

Otra declaración clara: la curación tiene que ver solo con el contenido de la

elección de la mente – enfermedad o salud, división o unidad, dolor o alegría – y este poder de elegir es todo lo que existe dentro del sueño de

separación del ego.

(IV.5: 9-14) Mi decisión no puede imperar sobre la tuya porque la tuya es tan poderosa como la mía. De no ser así, los Hijos de Dios no gozarían de perfecta igualdad. No hay nada que nuestra voluntad conjunta no pueda lograr, pero la mía sola no puede ayudarte. Tu voluntad es tan libre como la mía, y ni siquiera Dios Mismo se opondría a ella. Yo no puedo disponer de lo que Dios no dispone. Puedo ofrecerte mi fuerza para hacer que la tuya sea invencible, pero no puedo oponerme a tu decisión de rivalizar con ella y, consecuentemente, sin violar lo que la Voluntad de Dios ha dispuesto para ti.

Como vimos en el Capítulo 1, nuestra mente es tan poderosa como la de

Jesús. La única diferencia es temporal, y reside en el propósito para el cual

la usamos actualmente. Nuestro hermano mayor espera que hagamos la

misma elección inequívoca por el Espíritu Santo que él hizo. Él no puede

elegir por nosotros o lograr nuestra salvación; ya que ésta no es la salvación

indirecta que han enseñado las Iglesias, en donde no necesitamos hacer

nada nosotros mismos porque Jesús expió nuestros pecados. Además, cada

vez que experimentamos a Jesús presionándonos o exigiendo sacrificio,

sabemos que este es el ego que nos llama hacia sí mismo, buscando denigrar el poder de elegir de la mente. A pesar de que la forma de lo que se

nos pide que hagamos parece provenir de la mentalidad-correcta, el contenido puede no serlo, ya que a Jesús solo le importa el restablecimiento

en la conciencia del poder de nuestra mente, del cual su amor nos lo

recuerda gentilmente. Una vez que lo recordamos y aprendemos a respetar el poder de la mente como él lo hace, automáticamente nos decidiremos por él, ya que habremos visto nuestro terrible error por lo que es y con alegría elegimos de nuevo.

Volvemos al tema central de la nada del cuerpo:

(VII.13: 4-6) La salud, por lo tanto, no es otra cosa que un propósito unificado. Si se pone al cuerpo en armonía con el propósito de la mente,

éste se vuelve íntegro porque la mente sólo tiene un propósito. El ataque tan sólo puede ser un propósito que el cuerpo ha asumido, ya que separado de la mente, el cuerpo no tiene ningún propósito.

El cuerpo se recupera no porque haya un cambio físico, sino porque hay un

cambio en el propósito de la mente. El cuerpo ahora sirve para unirse, recordándonos que ya somos uno en lugar del propósito de dar testimonio

de la separación; es decir, atacar. Es esencial tener en cuenta que la enfermedad y la salud no tienen nada que ver con la presencia o ausencia de

síntomas. Estos son importantes solo como medio de reenfocar la atención a

la mente, la fuente del problema y su solución curativa.

(IX.1: 5-7) Cuando el ego te tienta a enfermarse no le pidas al Espíritu Santo que cure al cuerpo, pues eso no sería sino aceptar la creencia del

ego de que el cuerpo es el que necesita curación. Pídele, más bien, que

te enseñe cómo percibir correctamente al cuerpo, pues lo único que puede estar distorsionado es la percepción. Sólo la percepción puede estar enferma porque sólo la percepción puede estar equivocada.

Jesús nos dice que no le pidamos al Espíritu Santo que cure el cuerpo, porque ese no es el problema. Él nos pregunta ¿por qué buscamos sanar lo

que literalmente es nada, siendo solamente una mera sombra del pensamiento de la culpa de la mente? El único valor del cuerpo una vez que

creemos que estamos aquí es que nos señala en la dirección correcta, hacia la mente. Para contrarrestar nuestra aceptación potencial de la nada del cuerpo, el ego nos convence de su realidad con un problema, alentándonos a pedirle ayuda a nuestro Maestro y Sanador para sanar físicamente, más bien que para deshacer las percepciones erróneas de la mente que son la verdadera enfermedad.

(IX.3: 2) Toda clase de enfermedad, e incluso la muerte, son expresiones físicas del miedo a despertar.

Cuando escuchamos al Espíritu Santo y elegimos Su Expiación, despertamos del sueño de especialismo y muerte a las buenas noticias de

que nunca abandonamos nuestro hogar. Vemos cómo la enfermedad es una

parte esencial de la estrategia del ego para dejarnos sin mente y mantenernos dormidos, sin poder para ejercer la elección de la mente de

despertar de sus pesadillas de sufrimiento y dolor.

(IX.3: 3-4) [las clases de enfermedad] Son intentos de reforzar el sueño debido al miedo a despertar. Ésta es una forma patética de tratar de no

ver inutilizando la facultad de ver.

La "facultad de ver" descansa en la mente. Al identificarnos con el ego, hacemos a nuestras mentes impotentes e inexistentes. A cambio, el ego nos

dice que podemos ver (con los ojos), oír (con los oídos) y comprender (con

el cerebro) los datos sensoriales que se nos presentan. Esto enfoca nuestra

conciencia en todas partes, menos en la mente, el hogar de la visión de la

mentalidad-correcta. Las formas tradicionales de curación no tienen nada

que ver con Un Curso de Milagros. Pueden ser útiles en otras espiritualidades, pero su enfoque en el cuerpo saca a los estudiantes del

Curso hacia un camino que refuerza la estrategia del ego de mantenernos sin mente, oponiéndose al plan de Jesús para ayudarnos a tener una mente plena. Nuevamente, el único propósito del Espíritu Santo para un cuerpo enfermo es como un vehículo para recordarnos que la mente está enferma debido a su mala toma de decisiones.

(IX.5) La curación es la liberación del miedo a despertar, y la substitución de ese miedo por la decisión de despertar. La decisión de despertar refleja la voluntad de amar, puesto que toda curación supone

la substitución del miedo por el amor. El Espíritu Santo no puede distinguir entre distintos grados de error, pues si enseñase que una forma de enfermedad es más grave que otra, estaría enseñando que un

error puede ser más real que otro. Su función es distinguir únicamente entre lo falso y lo verdadero, y reemplazar lo falso por lo verdadero. Esto nos devuelve a nuestro principio frecuentemente citado, pero con un

término diferente: no hay grados de dificultad en la curación. El Espíritu

Santo no ve cáncer, SIDA, problemas cardíacos o un esguince de tobillo. Él

ve solo la decisión de la mente por la culpabilidad como una defensa contra

la decisión de perdonar. Cuando le pedimos Su ayuda en problemas específicos, simplemente buscamos hacer una nueva versión de Él a nuestra

propia imagen temerosa. De hecho, el Espíritu Santo no puede ver lo que no

existe, razón por la cual Él no distingue entre grados de error. Solo hay un

error: elegir el miedo del ego. Solo hay una corrección: elegir el Amor del

Espíritu Santo. Como dice el libro de ejercicios: "Un problema, una solución" (L-pl.80.1:5). La curación, entonces, en virtud de mirar más allá

del cuerpo atacante y el separado ego hacia la verdad, deshace la estrategia del ego de dejarnos sin mente que reforzó la creencia en el ataque y la separación. Compartiendo la verdadera percepción del Espíritu Santo, volvemos verdaderamente a la mente plena y elegimos ver la verdad acerca del Hijo de Dios: la igualdad universal de su mente dividida, y la Unidad eterna de la Mente de Cristo.

Perdón

En "El encuentro santo", la tercera sección de este capítulo, Jesús habla del perdón sin usar la palabra misma. El perdón no es la Unidad del Cielo, en la que no hay cuerpos separados; es el nombre dado al proceso de deshacer la creencia en la separación a través del reconocimiento de que todos compartimos un propósito común, reflejando nuestra unidad innata como el Hijo de Dios. Cada vez que nos encontramos con alguien, proyectamos nuestra culpa inconsciente, solo para reconocer que debe haber otra forma de relacionarse. Nos damos cuenta de que compartimos el mismo propósito de aprender que estamos igualmente locos, desaprendiendo el principio del ego de uno u otro - quién será la víctima y quién el victimario - y reemplazándolo con la corrección de Jesús de juntos, o no en absoluto. (III.4) Cuando te encuentras con alguien, recuerda que se trata de un encuentro santo. Tal como lo consideres a él, así te considerarás a ti mismo. Tal como lo trates, así te tratarás a ti mismo. Tal como pienses de él, así pensarás de ti mismo. Nunca te olvides de esto, pues en tus semejantes o bien te encuentras a ti mismo o bien te pierdes a ti mismo. Cada vez que dos Hijos de Dios se encuentran, se les proporciona una nueva oportunidad para salvarse. No dejes de darle la salvación a nadie, para que así la puedas recibir tú. Yo estoy siempre contigo, en memoria tuya. Vemos a los demás como nos vemos a nosotros mismos - no hay nada

"objetivo" en nuestras percepciones – y nuestros encuentros entre nosotros nos ofrecen la oportunidad de reconocer las decisiones inconscientes de la mente. Este pasaje no es realmente comprensible sin recordar los dos principios centrales de Un Curso de Milagros. Estos son: las ideas que no abandonan su fuente y la proyección da lugar a la percepción. La idea de la culpa que tratamos de esconder en nuestras mentes y luego deshacernos de ella a través de la proyección permanece dentro de su fuente en la mente. Sin embargo, debido a que la hemos proyectado, la percibimos en nuestros hermanos, como nos ha enseñado el ego a creer que las ideas sí abandonan su fuente. El pedirle ayuda a Jesús establece una forma diferente de mirar, dentro más que fuera, llevándonos a recordar la proyección y ver que el pecado del que acusamos a otro (en contenido, no necesariamente en la forma) es simplemente el nuestro y se ha mantenido en la mente (Lpl.134.9).

Después de haber devuelto nuestra atención a la mente, tenemos la oportunidad de elegir de nuevo y encontrar el ser de mentalidad-correcta que "perdimos" cuando elegimos el sistema de pensamiento de pecado y culpa del ego. Este inocente ser ya está unido con nuestros hermanos, porque la mente del Hijo de Dios es una, tanto en la verdad como en la ilusión. Jesús simboliza nuestras mentes correctas, su presencia amorosa es el recordatorio de quiénes somos realmente. Recordar su presencia en la mente es verdaderamente salvífico porque le recuerda a la conciencia nuestra identidad como el Hijo de Dios tomador de decisiones, el requisito previo para elegir la salvación.

(III.5: 1-5) El objetivo del plan de estudios, independientemente del maestro que elijas, es: "Conócete a ti mismo". No hay nada más que buscar. Todo el mundo anda buscándose a sí mismo y buscando el poder y la gloria que cree haber perdido. Siempre que estás con alguien, tienes una oportunidad más para encontrar tu poder y tu gloria. Tu poder y tu gloria están en él porque son tuyos. A través de la visión de Cristo, vemos que las relaciones nos devuelven el poder y la gloria que creemos haber perdido. Creemos que no los tenemos porque otros nos los han robado, lo que justifica que los recuperemos para que nosotros los tengamos y ellos no. Esto nos hace diferentes, con intereses separados - uno u otro. Aunque todos anhelamos este poder, la inocencia de Cristo, creemos que no merecemos tenerla. El ego oculta la corrección curativa de esta locura, que consiste en darse cuenta de que todas las personas tienen esta gloria, sin excepción. Esto significa que no podría haber sido robada y, en consecuencia, no puede haber pérdida, ni pecado, ni ego. En la aceptación de este hecho feliz somos sanados, permitiendo que el recuerdo de nuestro Ser alboree suavemente sobre nuestra mente hasta ahora perturbada para traernos paz.

(III.5: 6-10) El ego trata de encontrarlos únicamente en ti porque no sabe dónde buscar. El Espíritu Santo te enseña que si buscas únicamente en ti no te podrás encontrar a ti mismo porque tú no eres un ente separado. Siempre que estás con un hermano, estás aprendiendo lo que eres porque estás enseñando lo que eres. Tu hermano reaccionará con dolor o con alegría, dependiendo del maestro que tú estés siguiendo. Será aprisionado o liberado de acuerdo con tu decisión, al igual que tú. El ego realmente sabe dónde mirar. Dirige nuestra atención al mundo de los cuerpos porque no quiere que miremos en la mente, donde la salvación se

encuentra, al reconocer que nosotros y nuestros hermanos somos uno en propósito.

Como vimos en el Capítulo 7, el Espíritu Santo nos enseña la diferencia entre dicha y dolor (T-7.X). Aquí, en el contexto del encuentro santo, Jesús distingue entre encarcelamiento y libertad (que se discutirá a continuación).

La libertad viene de reconocer los intereses en común, el encarcelamiento de percibir intereses separados. Mientras el ego nos dice que el encarcelamiento proviene de otros – no soy feliz por lo que has hecho – el

encarcelamiento real no se encuentra en el comportamiento de otro sino en

lo que hemos elegido. Nuestra libertad radica en mirar a los demás como

nuestros hermanos en Cristo, así como en el ego. Esto abre la mente para

ver que el encarcelamiento se encuentra en la separación y el dolor, y que la

dicha y la libertad se encuentran en la curación. Si bien no podemos hacer

esta elección el uno por el otro, nuestras decisiones por el ego o el Espíritu

Santo refuerzan las decisiones por todos nosotros. Además, siguiendo la ley

de que la proyección da lugar a la percepción, cuando elegimos el dolor de

la separación, nuestra culpa exige que percibamos a los demás como pecadores, y por eso debemos creer que ellos también están sufriendo.

De

esta manera, enseñamos y aprendemos el sistema de pensamiento que

hemos elegido, el tema de nuestra próxima sección. Volveremos al tema del

perdón en los capítulos siguientes.

Enseñanza y aprendizaje.

El tema de qué maestro elegiremos se ha expresado de diferentes maneras

hasta ahora. A pesar de que no podemos evitar aprender más de lo que podemos ayudar enseñando, siempre tenemos la libertad de decidir de qué maestro aprenderemos y qué lecciones enseñaremos: separación o unidad.

Miraremos ahora en pasajes que enfatizan cómo siempre tenemos dos maestros para elegir, el ego o el Espíritu Santo, y las consecuencias de nuestra decisión.

(I.4) Lo que aprendiste en el pasado tiene que haberte enseñado lo que no te convenía, por la sencilla razón de que no te hizo feliz. Sólo por esto debería ponerse en duda su valor. Si el propósito del aprendizaje es

producir cambios – y ése es siempre su propósito – ¿te sientes satisfecho

con los cambios que tu aprendizaje ha producido en ti? Si no estás contento con lo que aprendiste es señal evidente del fracaso de dicho aprendizaje, ya que significa que no conseguiste lo que deseabas.

Recuerda, la motivación para nuestro aprendizaje de este curso es puro

egoísmo. Jesús nos dice que deberíamos aprenderlo porque nos hará sentir

mejor, no porque sea noble, bello y verdadero, o porque él nos dice que lo

hagamos. Es por eso que su enseñanza enfatiza que aprender del ego nos ha

hecho infelices, y aprender de él nos dará una felicidad más allá de todo lo

que creemos que es posible o que merecemos.

(VII.8: 1-2) No hay nada más frustrante para un alumno que un plan de estudios que no pueda aprender. Cuando eso ocurre su sensación de

ser competente se resiente, y no puede por menos que deprimirse.

Esto es cierto para cualquier niño. Si los niños, por ejemplo, tienen una discapacidad no diagnosticada y no pueden aprender, se encuentran en una

situación extremadamente frustrante: otros aprenden y lo hacen bien, mientras él lo hace mal y falla. Esta es nuestra situación. Somos estudiantes

discapacitados y estamos estudiando un plan de estudios que no podemos aprender. El ego dice: "Escúchame. Sigue mi guía sobre el especialismo y serás feliz". Nosotros escuchamos sus mentiras y seguimos sus enseñanzas, y siempre fallan. Qué frustrante tener una relación después de otra que tampoco funcionó, o un trabajo menos satisfactorio que el anterior, ¡y así sucesivamente! Nada aquí realmente funciona, o puede satisfacernos o traernos paz. El problema, sin embargo – el cual se corrige fácil y felizmente – es que simplemente que hemos estado estudiando con el maestro equivocado. Pero al mismo tiempo estamos viajando en el mundo de la locura, mientras el Uno espera pacientemente el cambio en nuestra decisión.

(VII.8: 3-4) Enfrentarse a una situación de aprendizaje imposible es la cosa más deprimente del mundo. De hecho, es la razón por la que, en última instancia, el mundo en sí es deprimente.

El mundo es deprimente porque todo aquí nos falla. Sin embargo, seguimos probando tanto a nivel individual como a nivel colectivo para tratar de hacerlo funcionar, olvidando que fue hecho específicamente para no hacerlo. Seguimos girando nuestras ruedas, esperando, rezando y alucinando que esta vez las cosas serán diferentes. Nunca lo serán porque el propósito del mundo es reforzar la separación y la culpa. Jesús nos ayuda a ver cuán miserables somos y por qué, lo cual es la motivación para finalmente elegir al Maestro del otro camino.

(VII.8: 5-6) El plan de estudios del Espíritu Santo nunca es deprimente porque es un plan de estudios que produce dicha. Siempre que se reacciona con depresión ante el aprendizaje, es porque se ha perdido de vista el verdadero objetivo del plan de estudios.

El objetivo del ego es que seamos infelices y culpemos a todos los demás

por ello. Sin embargo, como no nos dice esto, su sistema de pensamiento de mentiras tiene que ser expuesto, lo cual es el propósito de Un Curso de Milagros. Visto a través de los ojos de Jesús, las mentiras de depresión y desesperación del ego sobre nuestro aprendizaje de las lecciones del perdón son simplemente las defensas del ego contra la alegría de elegir la Expiación. Esta alegría es la meta del plan de estudios del Espíritu Santo, y dado que la meta del ego es la depresión, Jesús pregunta por qué alguna vez

lo hemos elegido como nuestro maestro:

(II.2: 1-5) ¿Qué razón puede haber para elegir semejante maestro? ¿No tendría más sentido hacer caso omiso de todo lo que enseña? ¿Es éste el

maestro al que el Hijo de Dios debe dirigirse para encontrarse a sí mismo? El ego no te ha dado nunca una solución sensata a nada. Basándote simplemente en la experiencia que tienes de lo que te enseña, ¿no sería ello suficiente para descalificarlo como tu futuro maestro?

Para la mente correcta, esto es obvio, pero cuando estamos en nuestras mentes erradas, la guía de culpa y dolor del ego es atractiva, incluso si la

aborrecemos conscientemente. El ego se esfuerza continuamente por mantenernos encarcelados al convencer al tomador de decisiones de que el

sistema de pensamiento de separación y especialismo es la salvación, y que

el perdón del Espíritu Santo es la condenación. Jesús nos ruega que nos

volvamos sensatos y reconozcamos la locura de mantenerle lealtad a este

falso maestro. Él continúa:

(II.3) El ego no te puede enseñar nada mientras tu lealtad sea libre porque no le escucharías. Tu voluntad no es estar aprisionado porque tu voluntad es libre. Ésa es la razón de que el ego sea la negación del libre albedrío. No es nunca Dios el que te coacciona, ya que comparte Su Voluntad contigo. Su Voz enseña solamente en conformidad con Su

Voluntad, mas ésa no es la lección que enseña el Espíritu Santo, pues eso es lo que tú eres. Su lección es que tu voluntad y la de Dios no pueden estar en desacuerdo porque son una. Esto supone la anulación de todo lo que el ego trata de enseñar. Por lo tanto, no es solamente la dirección del programa de estudios lo que tiene que estar libre de conflictos, sino también el contenido.

El ego niega nuestro libre albedrío al negarle a la mente su capacidad de

elegir. Buscando traer a Dios y a Su Espíritu Santo a su sueño, el ego los

convierte a Ellos a su propia imagen y semejanza, haciéndonos percibirlos

como coercitivos, exigentes y punitivos. Sin embargo, Su lección no podría

ser más simple: la separación es una ilusión, la unidad es la verdad.

Recordar que estos son solo pensamientos en la mente tomadora de decisiones restaura a nuestra conciencia la comprensión del verdadero problema (la mente, no el mundo), y la libertad para elegir la Voluntad de

Dios en lugar de los deseos errantes del ego. De esta manera, el aparente

conflicto entre la verdad y la ilusión se resuelve suavemente al traer tanto el

programa de estudios como el contenido de la mente a la unidad: el único

propósito de despertar del sueño y regresar al hogar que nunca abandonamos.

(II.4: 1-3) El ego trata de enseñarte que tu deseo es oponerte a la Voluntad de Dios. Esta lección antinatural no se puede aprender, y tratar de aprenderla viola tu libertad, lo cual hace que tengas miedo de tu voluntad porque es libre. El Espíritu Santo se opone a cualquier forma de aprisionamiento de la voluntad de un Hijo de Dios porque sabe que la voluntad del Hijo es la Voluntad del Padre.

El ego teme nuestra elección de la verdad, que, de hecho, nos haría libres.

Para prevenir lo inevitable, el ego nos mantiene prisioneros en su sistema de

pensamiento de culpa y proyección, amor especial y odio especial. Sin embargo, en algún momento reconocemos la locura de la creencia de que el

juicio nos traerá la paz, y elegimos el pensamiento feliz y liberador de la Expiación.

(I.5: 1-5) El plan de estudios de la Expiación es el opuesto al que tú elaboraste para ti, y lo mismo se puede decir de su resultado. Si el resultado de tu plan de estudios te ha hecho infeliz, y deseas otro diferente, obviamente es necesario que se efectúen cambios en el plan de estudios. El primer cambio que debe efectuarse es un cambio de dirección. Un plan de estudios que tenga sentido no debe ser inconsistente. Si lo planean dos maestros que creen en ideas diametralmente opuestas, no puede ser un plan integrado.

No podemos tener simultáneamente a Jesús y al ego como nuestros maestros, porque representan sistemas de pensamiento que se excluyen

mutuamente. Sin embargo, el mundo del ego es ingenioso al hacernos combinar los dos, confundiendo forma y contenido, causa y efecto, oscureciendo a ambos. Por lo tanto, Jesús nos advierte que no vayamos en

direcciones opuestas al mismo tiempo, diciéndonos: "No me pidas que te

ayude en el mundo, ni que arregle las cosas aquí. No puedo hacer eso". El

Jesús del ego nos hace creer que puede, que es importante cambiar la forma

e ignorar el contenido. En Un Curso de Milagros, Jesús nos ayuda a darnos

cuenta de que los sistemas de pensamiento de él y del ego son opuestos en

todos los aspectos. No podemos seguir a ambos. Es uno u otro, la aplicación

de la mentalidad-correcta de este principio.

Recuerda que el temor del ego es que, si tomamos la mano de Jesús y aprendemos de él, él y su sistema de pensamiento de separación y odio

desaparecerán. A la luz de esto, el ego invita hábilmente a Jesús a su sistema de pensamiento, que es lo que el Cristianismo y todas las religiones

formales han hecho con sus maestros. Desafortunadamente, este ha sido a

menudo el caso con los estudiantes del Curso también. El traer el espíritu a la materia y entrelazarlos, debe conducir al fracaso del aprendizaje, porque integrar "ideas diametralmente opuestas" es imposible. Solo al reconocer que la negación de nuestra identidad como espíritu es la fuente de toda la infelicidad, podremos volver a la mente tomadora de decisiones que es la causa del efecto que es nuestro estado de conflicto y miseria.

(I.5: 6-10) Si dos maestros lo ponen en práctica simultáneamente, cada uno de ellos no hará sino ser un obstáculo para el otro. Esto da lugar a fluctuaciones, pero no a un auténtico cambio. Los que son volátiles no tienen dirección. No pueden decidir ir en una dirección determinada porque no pueden abandonar la otra, si bien esta última no existe. Su plan de estudios conflictivo les enseña que todas las direcciones existen, y no les proporciona ninguna base racional sobre la que fundar su elección.

De hecho, somos una especie volátil porque el ego nace de la volatilidad, la creencia de que destruimos a Dios, Quien ahora nos devolverá el favor. Como una forma de evitar nuestra desaparición segura, intentamos traerlo a nuestro sistema de pensamiento, con la mente yendo y viniendo entre la verdad y la ilusión. Este pensamiento mal-adaptativo y mágico genera aún más ansiedad ya que el ego nos ha llevado a creer que este Dios colérico, ahora presente en nuestras vidas, exige sufrimiento y sacrificio como expiación por el pecado, dejándonos sin una verdadera opción por la libertad. Claramente, esta locura no tiene sentido:

(I.6) Antes de que pueda efectuarse un auténtico cambio de dirección es necesario reconocer plenamente la total insensatez de semejante plan de estudios. No puedes aprender simultáneamente de dos maestros que

están en completo desacuerdo con respecto a todo. Su plan de estudios conjunto constituye una tarea de aprendizaje imposible. Te están enseñando cosas completamente diferentes de forma completamente diferente, lo cual sería posible si no fuera porque las enseñanzas de ambos son acerca de ti. Ninguno de ellos puede alterar tu realidad, pero si los escuchas a los dos, tu mente estará dividida con respecto a lo que es tu realidad.

Esta tarea de aprendizaje imposible, por supuesto, es el objetivo del ego.

Quiere que no aprendamos. Uno de los modus operandi más efectivos del

ego sigue el principio de que si no puedes derrotarlos, únete a ellos.

Impotente para descartar totalmente a Jesús, aún es capaz de llevarlo a su

sistema de pensamiento. Una vez más, al confundir forma y contenido, cuerpo y mente, efecto y causa, el ego se asegura de que Jesús actúe en su

nombre y no el nuestro. De esta manera, el ego nos convence de que Jesús y

su curso sirven a la estrategia de dejarnos sin mente, proporcionando la

ilusión de su ayuda dentro del sueño hacia los problemas corporales. Él se

convierte en el salvador del sueño del ego, mientras que nuestra realidad

como Cristo, nuestro verdadero Ser, permanece dentro, esperando nuestro

regreso a la cordura.

Volvemos ahora al tema familiar de la libertad y el aprisionamiento:

(II.4: 4-5: 5) El Espíritu Santo te conduce firmemente por la senda de la libertad, enseñándote cómo descartar o mirar más allá de todo lo que

te impediría seguir adelante.

Hemos dicho que el Espíritu Santo te enseña la diferencia que existe entre el dolor y la dicha. Eso es lo mismo que decir que te enseña la diferencia que hay entre estar aprisionado y ser libre. No puedes hacer esta distinción sin Él porque te has enseñado a ti mismo que el

aprisionamiento es libertad. ¿Cómo ibas a poder distinguir entre una cosa y otra cuando crees que ambas son lo mismo? ¿Cómo ibas a poder pedirle a la parte de tu mente que te enseñe a creer que son lo mismo que te enseñase de qué manera son diferentes?

Continuamente le pedimos al ego que juzgue por nosotros, por lo que nuestra dificultad con las secciones iniciales de este capítulo - "La dirección del plan de estudios" y "La diferencia entre aprisionamiento y libertad" - radica en su carácter absoluto de que no admite compromisos: el principio de todo-o-nada que es el miedo del ego. Si elegimos el Espíritu Santo, no podemos estar con el ego; si el Espíritu Santo es nuestro Guía y Maestro, y Jesús, nuestro modelo de aprendizaje, afirmamos el objetivo de despertar del sueño del ego de separación y especialismo. Por lo tanto, elegimos activamente contra aquello con lo que previamente nos identificamos: un yo individual que es especial, autónomo y libre de la "tiranía" de Dios. En represalia, el ego presenta su plan de huevos revueltos, mezclándose con el Espíritu Santo (para continuar con la metáfora) arrastrándolo a su sartén de dualidad y especialismo, el mundo cautivador y sin sentido de la forma. El fracaso del aprendizaje es el resultado inevitable. Peor aún, este fracaso trae consigo la ilusión de éxito del aprendizaje en el que pensamos que somos buenos estudiantes del Curso, sin embargo, todo lo que realmente hacemos sin saberlo es reforzar y nutrir el sistema de pensamiento del ego de individualidad y culpa. Esto explica por qué es esencial entender, y por qué estos primeros capítulos enfatizan que la verdadera libertad se encuentra en pedirle ayuda al Espíritu Santo o en tomar la mano de Jesús, nuestro hermano mayor, quien es el tema de nuestra próxima sección.

Jesús

Comenzamos este capítulo con la canción de unidad de Jesús que ya está en marcha, la cual se centra en nuestra integridad en el Cielo y la unidad

dentro de la Filiación aparentemente fragmentada. Revisando esta canción

ahora, cambiamos la atención a nuestra unidad con él, nuestro querido maestro y amigo:

(IV.2: 1) He venido como una luz a un mundo que en verdad se niega todo a sí mismo.

Estas metáforas están tomadas del evangelio de Juan (12:46) pero con un

significado diferente dado a las palabras mundo y luz, como veremos:

(IV.2: 2-3) Hace eso simplemente al disociarse de todo. Dicho mundo es,

por lo tanto, una ilusión de aislamiento, que se mantiene vigente por miedo a la misma soledad que es su ilusión.

Si bien tal vez sea difícil de clasificar, estas oraciones proporcionan una maravillosa declaración del mundo del ego. El mundo de la materialidad es

una sombra del pensamiento de separación que se aísla de nuestra Fuente y

de nuestro Ser. Es el intento de defendernos contra la ansiedad abrumadora

de la soledad y aislamiento de esta separación. El mundo no es más que la

imagen externa de la condición interna de se-paración ilusoria de la mente.

La soledad que se deriva del aislamiento percibido de Dios genera la experiencia de soledad y aislamiento del mundo que parece ser la causa de

gran parte de nuestro miedo psicológico.

(IV.2: 4-6) Os dije que estaría con vosotros siempre, incluso hasta el fin del mundo. Por eso es por lo que soy la luz del mundo. Si estoy contigo en la soledad del mundo, la soledad desaparece.

El problema es que la soledad es parte del mismo sistema de pensamiento

de separación del cual somos la expresión. Si la separación y la soledad

desaparecen, nosotros también. Por eso unirse a Jesús es tan aterrador, y es

el por qué nos gusta unirnos con la imagen de Jesús que hemos hecho, la

cual reconoce la existencia individual y el especialismo, lo cual es

exactamente lo opuesto a su punto aquí. Ten en cuenta de nuevo las referencias a los evangelios (Mateo 28:20 y Juan 8:12).

(IV.2: 7) No puedes mantener la ilusión de soledad si no estás solo.

Si estamos con Jesús, no estamos solos. Al mismo tiempo, debemos ser

conscientes, como se enfatizará más adelante, que estar con él significa

estar sin ego porque él no tiene ego. Si traemos el ego con nosotros, como

nos encanta hacer, también le damos un ego a él, una vez más - el principio

del ego de que, si no puedes derrotarlos, únete a ellos.

(IV.2: 8-9) Mi propósito, pues, sigue siendo vencer al mundo. Yo no lo ataco, pero mi luz no puede sino desvanecerlo por razón de lo que es.

El mundo es oscuridad, ausencia de luz. Alborea la luz en la oscuridad y

ésta desaparece. Esto no tiene nada que ver con el mundo que vemos, ya

que, dado que no existe, no necesita ser salvado. Lo que Jesús "salva" son

nuestras mentes que creyeron en un mundo, porque primero creímos en un

ego. El perdón, nuestro cambio de mente, es la luz que disipa suavemente la

oscuridad de la culpa de la mente. La palabra clave aquí es suave, porque

atacar significa ver la realidad donde no está, y luego luchar por derrotarla.

Sin embargo, todo lo que nosotros necesitamos hacer para vencer la ilusión

es mirarla con la luz de Jesús, que alumbra la nube de creencias que ocultaba el simple hecho de que no había ego en absoluto, ni un

mundo que

parecía surgir de él.

(IV.2: 10-13) La luz no ataca la oscuridad, pero la desvanece con su fulgor. Si mi luz va contigo a todas partes, tú desvaneces la oscuridad conmigo. La luz se vuelve nuestra, y ya no puedes morar en la

oscuridad tal como la oscuridad no puede morar allí donde tú vas. Acordarte de mí es acordarte de ti mismo, así como de Aquel que me

envió a ti.

Este es el tema que Jesús nos pide que llevemos con nosotros durante todo el día; la melodía que quiere entonar con nosotros como parte de "La canción olvidada" (T-21.1). Cada vez que estamos tentados a ver la separación entre nosotros y otros, deberíamos pensar en la melodía de unidad de Jesús y darnos cuenta de ese sentimiento separado, ya que el amor especial o el odio especial no son más que una forma de tratar de mantenerse separado del Amor de Dios. Nosotros tememos a este Amor, y aunque aún podemos elegir abrazar nuestro especialismo, al menos podemos saber qué estamos haciendo. Esta conciencia es el significado de llevar la ilusión a la verdad, nuestra oscuridad a la luz curativa de Jesús.

(IV.3: 1-3) Estabas en las tinieblas hasta que una parte de la Filiación decidió acatar completa-mente la Voluntad de Dios. Una vez que esto se

logró, todos lo lograron perfectamente. ¿De qué otra manera sino habría podido lograrse perfectamente?

En otras palabras, si la Voluntad de Dios se cumple perfectamente, debe

estar en todos, ser para todos, estar con todos, porque Su Filiación es una.

De lo contrario, no es perfecta y no podría ser el Cristo. Solamente el ego

nos haría creer en la realidad de las mentes fragmentadas que requieren

salvación individual. La verdad es que estábamos con Jesús cuando completó su parte en el plan (M-23.6:8-10), porque la mente del Hijo de

Dios es una en la verdad y en la ilusión.

(IV.3: 4) Mi misión consistió simplemente en unir la voluntad de la Filiación con la Voluntad del Padre al ser yo mismo consciente de la Voluntad del Padre.

Una vez más, como somos uno, estábamos con Jesús cuando se elevó y

"empezó a salvar el mundo" (C-6.5:5). Cuando despertó del sueño de la

muerte – esto no tiene nada que ver con lo que se llama resurrección física –

estábamos con él porque nuestras mentes están unidas. Jesús es la expresión

en el sueño de la mente correcta de la Expiación que dice que la separación

de la Voluntad de Dios nunca sucedió. Sin embargo, este hecho de salvación

no significa nada si no llevamos a ese símbolo brillante de Expiación – "Yo

[Jesús] soy la Expiación" (T-1.III.4:1) – nuestros inútiles intentos de demostrar lo contrario. Estos incluyen nuestros esfuerzos para demostrar

cuán separados y diferentes somos, y cómo esas diferencias hacen una diferencia, las cuales claramente hacen que el especialismo del ego sea

deseado constantemente.

(IV.3: 5) Ésta es la conciencia que vine a impartirte y el problema que tienes en aceptarla es el problema de este mundo.

El problema de este mundo es que elegimos no aceptar el principio de Expiación que Jesús nos ofrece. En cambio, creemos en los innumerables

problemas y preocupaciones que usa el ego para ocultar el verdadero problema, la negativa de la mente a aceptar la verdad de que la separación

de la Voluntad de Dios nunca sucedió.

(IV.3: 6-7) Eliminarlo es, la salvación, y en ese sentido yo soy la salvación del mundo. El mundo, por lo tanto, no puede sino aborrecerme y rechazarme, ya que el mundo es la creencia de que el amor es imposible.

Este es el miedo del ego, por eso Jesús es un símbolo tan aterrador para

todos nosotros. Si él es quien dice, si él está aquí, y si su amor está vivo y

totalmente presente en nuestras mentes, entonces todo lo que el ego ha

enseñado y lo que el mundo enseña que está equivocado: el amor especial,

la versión distorsionada del amor del ego, es una ilusión y no puede ser real.

Sin embargo, en la medida en que nos identifiquemos con nuestro especialismo, despreciaremos a Jesús y rechazaremos el mensaje de salvación de su curso: el Amor de Dios no solo no es posible, sino que nunca lo ha sido.

(IV.3: 8-11) Si aceptases el hecho de que yo estoy contigo estarías negando al mundo y aceptando a Dios. Mi voluntad es la Suya, y tu decisión de escucharme es la decisión de escuchar Su Voz y de hacer Su

Voluntad. De la misma manera en que Dios me envió a ti, yo te enviaré a otros. E iré a ellos contigo, para que podamos enseñarles paz y unión.

Jesús no quiere decir enviar literalmente, aunque a menudo nuestra experiencia es que nos envía a la gente, como era la experiencia de Helen.

Como su ego no quería que la enviaran a ayudar a nadie, sintió que tenía

que ser Jesús quien le dijera en que podía ser útil. Fue la resistencia de Helen a su decisión por la mentalidad-correcta lo que causó la experiencia

de que alguien más la está "enviando". En realidad, aceptar la presencia

amorosa de Jesús en nuestras mentes es lo que le "envió" a Helen, y "nos

envía" a todos en la misión de negar la versión del mundo de la paz y llevar

la verdadera paz de Jesús a la mente del Hijo de Dios. De nuevo, Jesús no

es un maestro de ajedrez que nos manipula como si fuéramos piezas en un

tablero. Él no tiene un plan para salvar un mundo inexistente; él es el plan.

Su amor eterno no tiene forma; nosotros somos quienes configuramos el

contenido de este amor y, olvidamos que lo hemos hecho, teniendo la ilusión de un plan específico que contiene un rol específico para nosotros y

para los demás. De tal especialismo es el reino del ego en la tierra, y debido

a que los detalles son el nivel de nuestra experiencia, Jesús parece hablarnos

allí y no a nuestras inconscientes mentes tomadoras de decisiones que por sí

solas contienen el "plan".

(IV.6: 3-5) Si quieres ser como yo, te ayudaré, pues sé que somos iguales. Si quieres ser diferente, aguardaré hasta que cambies de parecer. Yo puedo enseñarte, pero tú tienes que elegir seguir mis enseñanzas.

Jesús sabe que somos iguales; nosotros no. Como hemos visto, si sentimos

que Jesús nos está presio-nando o exigiendo algo de nosotros, sabremos que

este es el ego. Él no hace nada más que amar, y su amor espera pacientemente el cambio de mente que anuncia nuestro regreso a él.

Por

siempre y para siempre, Jesús respeta el poder de nuestras mentes para

elegir, ya sean las ilusiones de especialismo del ego o la verdad de su perdón todo-inclusivo. Aunque personificamos a Jesús y lo hacemos como

nosotros, no podemos hacer que sea quien no es. Su voluntad es solo que

nos volvamos como él: un pensamiento de Expiación y amor perfecto.

(IV.6: 6-9) ¿Cómo podría ser de otra manera, si el Reino de Dios es libertad? Nadie puede aprender lo que es la libertad si está sometido a cualquier clase de tiranía, y la perfecta igualdad de todos los Hijos de Dios no se podría reconocer si una mente ejerciese dominio sobre otra. Los Hijos de Dios gozan de perfecta igualdad en lo que respecta a su voluntad, por ser todos ellos la Voluntad del Padre. Ésta es la única lección que vine a enseñar.

Creer que podemos encontrar la paz librando una guerra es una locura, el

dominio de un cuerpo sobre otro. Pero no son solo los jefes de estado los

que tienen esta locura; todos la compartimos, buscando imponer nuestra

voluntad a otros, convencidos de que sabemos más que ellos. Y aunque en

realidad puede ser así en el nivel de la forma, si tratamos de superar la mente de otro con la fuerza de nuestra voluntad, no sabemos nada. El amor

nunca impone o busca superar a otro, ya que siempre recuerda el poder de la mente – el verdadero medio de salvación – para elegir la libertad o la tiranía. Por su propia presencia, por lo tanto, el amor simplemente nos recuerda a nuestra capacidad de elegir de nuevo, al igual que nuestro gentil

hermano Jesús. Escucha su canción de libertad:

(IV.7) Si tu voluntad no fuese la mía tampoco podría ser la de nuestro Padre. Esto significaría que habrías aprisionado la tuya, ya que no le has permitido ser libre. Solo no puedes hacer nada porque solo no eres nada. Yo no soy nada sin el Padre y tú no eres nada sin mí porque al negar al Padre te niegas a ti mismo. Siempre me acordaré de ti, y en el hecho de que me acuerde de ti radica el que tú te acuerdes de ti mismo.

En nuestro mutuo recuerdo radica nuestro recuerdo de Dios. Y en ese recuerdo radica tu libertad porque tu libertad está en Él. Únete, pues, a mí en alabanza de Él y de ti que fuiste creado por Él. Éste es nuestro regalo de gratitud hacia Él, que Él a Su vez compartirá con todas Sus creaciones, a las que da por igual todo lo que es aceptable para Él. Por ser aceptable para Él, es el regalo de la libertad, que es lo que Su Voluntad dispone para todos Sus Hijos. Al ofrecer libertad te liberarás. Jesús continuamente regresa a esta corrección de dos mil años de error Cristológico. Él no es el Hijo de Dios, excepto en el sentido de que el Hijo

de Dios es uno; una unidad que incluye a todos los separados fragmentos.

Jesús nos ruega que reconozcamos que su voluntad y la nuestra son una

unidad, la cual incluye todos los miembros de la Filiación, sin excepción.

Excluir a alguien, a nosotros mismos o a nuestros hermanos, nos aprisiona

con las cadenas de separación y culpa del ego. Nuestra libertad radica en

aceptar que no hay diferencias entre los Hijos de Dios; ya que, a pesar de

las diferencias obvias en el nivel de forma, compartimos la misma mente.

Esta conciencia es la precursora de nuestro despertar del sueño de la

separación y de recordar la Unidad de Dios y Su creación. Y a medida que

compartimos este reconocimiento entre nosotros, fortalecemos su conciencia en nosotros mismos.

(IV.8: 1-2) La libertad es el único regalo que les puedes ofrecer a los Hijos de Dios, ya que es el reconocimiento de lo que ellos son y de lo que Él es. La libertad es creación porque es amor.

Algunos piensan que la muerte es libertad porque creen que ya no son rehenes del cuerpo. Sin embargo, la libertad solo puede ser de la mente, sin

tener nada que ver con el cuerpo. Es la elección por el pensamiento de la

libertad, la Expiación, lo que nos libera para amar y crear en el Nombre de

nuestro Padre.

(IV.8: 3-10) No amas a quien tratas de aprisionar. Por lo tanto, cuando tratas de aprisionar a al-guien, incluyéndote a ti mismo, no le amas y no te puedes identificar con él. Cuando te aprisionas a ti mismo pierdes

de vista tu verdadera identificación conmigo y con el Padre. Tu identificación es con el Padre y con el Hijo. Es imposible que te identifiques con uno y no con el otro. Si quieres ser parte de uno, eres parte del otro, ya que ambos son uno. La Santísima Trinidad es santa porque es Una. Si te excluyes a ti mismo de esta unión, estás percibiendo a la Santísima Trinidad como desunida.

Cada vez que veas tus intereses como algo diferente a los de otros, o busques justificar resentimientos, críticas, o ira, estás viendo a la Filiación

dividida, sin mencionar a la Divinidad. Este es el mensaje de la hermosa

canción de unidad de Jesús, que se repite una y otra vez. No se puede enfatizar lo suficiente, sin embargo, que la canción no es más que palabras

bonitas con una bella melodía si no la usamos para ayudarnos a desaprender

lo que nos hemos enseñado: percibir nuestro encarcelamiento por otros

como justificación para encarcelarlos a cambio, ver los intereses de los demás como algo aparte de los nuestros. El amor, entonces, es imposible

mientras veamos a nuestros hermanos como diferentes, intentando aprisionarlos en las cadenas del especialismo. Es por eso que Jesús enfatiza que somos iguales a él, que su amor unificador no puede ayudarnos a menos que lo liberemos de la percepción de las diferencias en las que buscamos aprisionarlo a él y a nosotros mismos, y, por lo tanto, a la Filiación en su conjunto.

(IV.8: 11-13) Tú no puedes sino estar incluido en ella porque la Santísima Trinidad lo es todo. A menos que ocupes el lugar que te corresponde en Ella y cumplas la función que por ser parte de Ella te corresponde llevar a cabo, la Santísima Trinidad estará tan desposeída como tú. Ninguna de Sus partes puede estar aprisionada si es que su verdad ha de conocerse.

La segunda Persona de la Trinidad es la Filiación, y la Filiación es todos nosotros como uno. Necesitamos imprimir estas palabras en nuestras mentes, para ser invocadas cuando sintamos la tentación de ver a la Filiación como fragmentada a través del juicio y el ataque. No debemos crucificarnos cuando estemos muy tentados, pero tampoco debemos esforzarnos por justificar nuestras percepciones erróneas. En cambio, debemos reconocer que un ataque a otro es un ataque a Dios, a Jesús y a

nosotros mismos, y luego preguntarnos si eso es lo que realmente queremos, dadas sus dolorosas consecuencias.

Regresamos a "La voluntad indivisa de la Filiación", y mientras miramos

más pasajes de esta hermosa sección, sería de nuevo útil pensar en la canción de unidad de Jesús y la importancia de nuestra relación con él, los

medios para recordar la unidad del Hijo de Dios:

(V.2: 8-12) No hay separación entre Dios y Su creación. Te darás cuenta de esto cuando comprendas que no hay separación entre tu voluntad y

la mía. Deja que el Amor de Dios irradie sobre ti mediante tu aceptación de mí. Mi realidad es tuya y Suya. Cuando unes tu mente a la mía estás proclamando que eres consciente de que la Voluntad de Dios es una.

Aunque todavía no estamos listos para aceptar la Expiación para nosotros mismos, ni nuestra realidad como espíritu – Cristo, el Hijo indiviso de Dios – sin embargo, podemos aprender a elegir el reflejo de esta realidad indivisa. Nosotros aprendemos primero que cuando nos unimos con Jesús, elegimos identificarnos con su sistema de pensamiento de intereses compartidos y total-inclusividad. Esto significa que hemos elegido contra el sistema de pensamiento de intereses especiales y exclusividad del ego. Al unirnos con Jesús, nos damos cuenta de que mientras todos estamos igualmente locos, también compartimos la necesidad de despertar de los sueños de separación del ego. Es nuestro propósito llevar esta comprensión con nosotros día a día, hora a hora, minuto a minuto – a todas nuestras relaciones – y luego ver qué tan rápido la olvidamos. Observamos sin juzgar cómo leemos o escuchamos estas palabras inspiradoras, y luego las dejamos a un lado cuando no satisfacen nuestras necesidades especiales. Esto significa que parte de nuestra mente todavía adora a los ídolos del especialismo en lugar de amar al Hijo de Dios, nuestro verdadero Ser. Necesitamos escuchar la canción de Jesús una y otra vez hasta que se convierta en la nuestra. (V.3: 1-2) La Unicidad de Dios y la nuestra no están separadas porque Su Unicidad incluye la nuestra. Unirte a mí es restituir Su poder en ti toda vez que es algo que compartimos. Jesús es citado en la Biblia diciendo que todo el poder en el cielo y la tierra le es dado (Mateo 28:18). En Un Curso de Milagros, sin embargo, nos dice que todo el poder en el Cielo y la tierra nos es dado, con el cual nos identificamos con alegría cuando nos unimos a él y perdonamos a nuestros hermanos que hasta ahora los habíamos visto como separados y aparte.

(V.3: 3-6) Te ofrezco únicamente el reconocimiento de Su poder en ti, pero en eso radica toda la verdad. A medida que tú y yo nos unimos, nos unimos a Él. ¡Gloria a la unión de Dios con Sus santos Hijos! Toda gloria reside en Ellos porque están unidos.

La gloria de la Filiación radica en su unidad, no en los logros o el éxito de

un individuo, como Jesús. Cuando nos vemos separados y no-perdonadores,

nos identificamos con la enfermedad al negar la gloria del Hijo de Dios, diciendo: "No soy el Hijo de Dios sino el del ego, y mi gloria reside en el especialismo". Para deshacer esta mentira con la verdad, solo necesitamos

ver el costo de elegir la relación especial sobre la gloriosa unión con nuestro

Creador, y elegir de nuevo.

(V.3: 7) Los milagros que obramos dan testimonio de lo que la Voluntad del Padre dispone para Su Hijo, y de nuestro gozo al unirnos a lo que Su Voluntad dispone para nosotros.

Los milagros, para decirlo nuevamente, no tienen nada que ver con el cuerpo o el comportamiento, sino con el cambio en la mente desde el mundo sombrío de los deseos separados del ego hasta el mundo de mentalidad-correcta que refleja los pensamientos de la unificada Voluntad

de Dios. Como aprenderemos mucho más tarde en nuestra sinfonía (por

ejemplo, T-16.II.1), cómo se extiende este milagro a través de nosotros hacia otros no es nuestra preocupación, sin embargo, el perdón sigue siendo

nuestra mayor alegría, ya que nos lleva lejos de nuestros deseos de culpa y sentido del pecado.

(V.4: 1-3) Cuando te unes a mí lo haces sin el ego porque yo he renunciado al ego en mí y, por lo tanto, no puedo unirme al tuyo.

Nuestra unión es, por consiguiente, la manera de renunciar al ego en ti.

La verdad en nosotros está más allá del ego.

No hace falta decir que esta es la razón por la que tenemos problemas con

Jesús. Como queremos unirnos a él y al ego, junto con sus dones de

especialismo, lo último que deseamos es dejar al ego en la puerta y entrar

en la habitación de la verdad de la mentalidad-correcta de Jesús. Eso explica por qué Un Curso de Milagros es tan aterrador, y por qué debemos

aprender a asociar su amor con la alegría y no con el dolor, y al especialismo del ego con el dolor y no con la alegría.

(V.4: 4-6) Que trascenderemos el ego está garantizado por Dios, y yo comparto Su certeza con respecto a nosotros dos y a todos nosotros.

Yo

les devuelvo la paz de Dios a todos Sus Hijos porque la recibí de Él para todos nosotros. Nada puede prevalecer contra nuestras voluntades

unidas porque nada puede prevalecer contra la Voluntad de Dios.

"El desenlace es tan seguro como Dios", citado dos veces anteriormente en

el texto (T-2.III.3:10; T-4.II.5:8), porque Su Voluntad nunca ha dejado de estar unida, uniendo a la Filiación en Su paz. ¿Cómo no podríamos tener

éxito en superar una separación que nunca sucedió? El amor de Jesús nos

asegura que recordemos esta feliz verdad, y entonces nos pregunta de nuevo:

(V.5: 1-3) ¿Quieres saber lo que la Voluntad de Dios dispone para ti?

Pregúntamelo a mí que lo sé por ti y lo sabrás. No te negaré nada, tal como Dios no me niega nada a mí.

Tan simple, y, sin embargo, nuestro miedo hace que sea muy difícil de aceptar. Pedirle ayuda a Jesús significa liberarnos de nuestra necesidad de

ser especiales, lo cual nos impulsa a resistir el llamado a tomar su mano en

el viaje a través del ego de regreso a Dios, de la ausencia de mente a la

mente plena. Nuestro terror de encontrar el Ser que realmente buscamos,

exacerba la relación conflictiva con aquel no nos niega nada y cuyo amor

nos promete la paz y la felicidad que anhelan nuestras mentes correctas.

(V.5: 4-6) Nuestra jornada es simplemente la de regreso a Dios que es

nuestro hogar. Siempre que el miedo se interpone en el camino hacia la paz, es porque el ego ha intentado unirse a nuestra jornada, aunque en realidad no puede hacerlo. Presintiendo la derrota e irritado por ella, se considera rechazado y se vuelve vengativo. Consideraremos este pensamiento con mayor profundidad en el capítulo que sigue, donde se explora el tema de la naturaleza cruel y vengativa del ego. En verdad, por supuesto, el ego no hace nada, porque es una expresión del miedo que experimentan nuestros seres separados cuando dejamos de lado su sistema de pensamiento. Nosotros necesitamos recordar que el universo físico, incluida la vida que consideramos nuestra, se basa en el pensamiento de que el amor de Dios es temible. Aún más al punto, nuestra mente está eligiendo este Amor para temerle. Ese pensamiento aterrador está incrustado en nuestros genes – nuestro ADN: (Do Not Accept) no voy a aceptar (la Expiación), por así decirlo. Es esencial tener esto en cuenta porque la necesidad de preservar nuestra identidad especial explica la resistencia subyacente a este curso y a Jesús como nuestro maestro. También explica nuestros intentos de mezclarlo con nuestro sistema de pensamiento, en lugar de mezclarnos nosotros con el suyo para que el ego desaparezca, y esto nos ayuda a comprender cómo aun los seguidores de Jesús bien intencionados pueden practicar vidas de juicio y ataque, y creen que están siendo fieles a su príncipe de paz. (V.5: 7) U Tú eres invulnerable a sus represalias porque yo estoy contigo. El problema, una vez más, es que Jesús es el problema. Le decimos: “No te quiero conmigo. Quiero mi versión de ti conmigo”. Ciertamente no

queremos un Jesús cuya presencia represente el deshacimiento de nuestro ser especial. Y en esta locura, estamos dispuestos a elegir la vulnerabilidad y el dolor para culpar a otros, justificando nuestra falta de perdón al culparlos. Sin embargo, Jesús nos suplica elegir su sistema de pensamiento de invulnerabilidad, ya que ahí radica nuestra única esperanza de verdadera paz y alegría duradera.

(V.5: 8-9) En esta jornada me has elegido a mí de compañero en vez de al ego. No trates de aferrarte a ambos, pues si lo haces estarás tratando de ir en direcciones contrarias y te perderás.

Vimos la exclusividad mutua de Jesús y el ego al comienzo de este capítulo.

Este es un "curso que va en una sola dirección" en el sentido de que podemos tomar la mano de Jesús o del ego, pero no la de ambos: si elegimos a Jesús no hay ego, y viceversa. Somos delirantes si pensamos que podemos sostener ambas a la vez; uno u otro sigue siendo la regla de la mente dividida y excluye los intentos mágicos del ego de combinar las formas de ataque con un contenido de paz.

(V.6: 1-2) El camino del ego no es mi camino, pero tampoco es el tuyo. El Espíritu Santo les ofrece una sola dirección a todas las mentes, y la que me enseñó a mí es la que te enseña a ti.

Vemos con qué frecuencia Jesús se refiere al principio de uno u otro, y nos

pide que no lo traigamos a él a nuestro especialismo. Más bien, debemos

llevarle a él nuestro especialismo. Esto significa mirar con su amor a nuestro lado y ver cuánto apreciamos y adoramos al yo especial del que

estamos convencidos que es nuestra identidad. Todo acerca de nosotros –

nuestros problemas, idiosincrasias, así como lo que consideramos nuestras

virtudes – es una parte intrínseca de un sistema de pensamiento de

separación que constituye lo que creemos que ha sido nuestro ataque a Dios. Sin embargo, nuestro verdadero temor no es el contraataque de Dios, como alegraría el ego, sino que la mente tomadora de decisiones ya no elija creer en ningún tipo de ataque.

(V.6: 3-6) No perdamos de vista la dirección que Él nos enseña por razón de las ilusiones, pues sólo la ilusión de que existe otra dirección puede nublar aquella en favor de la cual la Voz de Dios habla en todos nosotros. Nunca le concedas al ego el poder de interferir en la jornada. El ego no tiene ningún poder porque la jornada es el camino que conduce a lo que es verdad. Deja atrás todas las ilusiones, y ve más allá de todos los intentos del ego de demorarte.

Estas son palabras que el ego odia escuchar porque niegan sus historias de gran poder y sabiduría, las mentiras grandiosas a las que nos insta a escuchar. No quiere que comprendamos que no tiene poder en nada, siendo solo el almacén de la inversión de la mente en el pecado y la culpa. De ahí el miedo del ego a que la mente invierta en el principio de Expiación, y deje de lado sus locos intentos de convencernos de su propia fuerza. Como una corrección a esta locura, Jesús dice: “Nunca le concedas al ego el poder de interferir en la jornada. El ego no tiene ningún poder ...”. En su lugar, nos pide que seamos conscientes de los débiles esfuerzos del ego para demorar nuestro retorno a la verdad. Recordemos que el ego no es un demonio o una entidad que opera en la mente, sino que es solo nuestro yo separado que está aterrorizado de perder su especialismo. Jesús nos dice que reconozcamos este miedo de ir con él en el viaje a casa, el miedo a dejar ir

al ego y liberar nuestra inversión en la ira, el conflicto y en la creencia de que uno u otro es la salvación.

(V.6: 7-10) Yo voy delante de ti porque he trascendido el ego. Dame, por

lo tanto, la mano, puesto que tu deseo es trascenderlo también. Mi fortaleza estará siempre disponible, y si eliges compartirla dispondrás de ella. Te la doy gustosamente y de todo corazón porque te necesito tanto como tú me necesitas a mí.

Esto termina la canción de amor de Jesús para nosotros, pidiéndonos que

tomemos su mano para que nos pueda llevar a casa. Él no nos necesita de la

misma manera en que nosotros lo necesitamos a él, obvia-mente; pero no

puede ayudarnos a menos que elijamos dejar caer la mano del ego y sostener la suya. Y luego, junto con él y todos nuestros hermanos, felizmente viajamos de regreso al amor que nunca abandonamos.

Conclusión.

Como conclusión, miramos algunos pasajes tipo coda al final del capítulo

que resumen muy bien algunos de los temas que hemos discutido, aunque

se mencionarán de manera algo diferente.

(IX.7: 3-7) El Hijo de Dios sólo tiene un Nombre, y se te exhorta a que lleves a cabo obras amorosas porque compartimos esa Unicidad.

Nuestras mentes son íntegras porque son una. Si estás enfermo te estás

aislando de mí. Mas no te aíslas únicamente de mí, sino que te aíslas de

ti y de mí.

Si nosotros y Jesús representamos al mismo Ser en la verdad, entonces,

alejarnos con nuestras diferentes formas de especialismo, significa alejarnos

tanto a él como a nuestro Ser. Ya que él quiere que entendamos los dolorosos efectos de alejarnos de él, nos recuerda gentilmente quiénes somos recordándonos que juntos somos el Hijo de Dios.

(IX.8: 1) Seguramente habrás comenzado a darte cuenta de que este curso es muy práctico, y que lo que dice es exactamente lo que quiere

decir.

Si queremos regresar a casa y recordar el Amor de Dios, y si queremos sentir la paz de Jesús, nosotros debemos compartir su amor y su paz con

nuestros hermanos al no verlos como separados de nosotros. Esto libera la

Unidad del Cielo para que sea expresada en las experiencias prácticas de

nuestra vida cotidiana, en donde aprendemos el beneficio para nosotros de

elegir la visión del Espíritu Santo de los intereses compartidos sobre los

intereses separados del ego.

(IX.8: 2-4) Yo no te pediría que hicieses algo que tú no puedes hacer, y es imposible que yo pudiese hacer algo que tú no pudieses hacer.

Teniendo esto en cuenta, y teniéndolo en cuenta muy literal-mente, nada puede impedir que hagas exactamente lo que yo te pido, y todo te

exhorta a que lo hagas. Yo no te impongo límites porque Dios no te impone ninguno.

Podemos aceptar la Expiación para nosotros mismos. Podemos dejar de

lado los resentimientos que nos mantienen separados de otros. Jesús nos

muestra cuán asustados estamos del perdón y por qué, y cómo podemos

cambiar nuestras mentes. Debido a que nuestras mentes son tan poderosas

como la suya, no hay límite para lo que podemos elegir, porque ¿cómo podría limitarse el amor?

(IX.8: 5-7) Cuando te limitas a ti mismo, no somos de un mismo sentir, y eso es lo que es la enfermedad. La enfermedad, no obstante, no es algo que se origine en el cuerpo, sino en la mente. Toda forma de enfermedad es un signo de que la mente está dividida y de que no está

aceptando un propósito unificado.

Los síntomas físicos y psicológicos del cuerpo son fragmentos oscuros o

proyecciones de la decisión de la mente dividida de separarse de Jesús y del

Espíritu Santo, y así mantener la separación. Dado que la enfermedad es solo de la mente, también lo debe ser la curación: la enfermedad es igual al pensamiento de separación; la curación es igual al pensamiento del perdón.

Podemos ver, por cierto, cómo nuestro maestro compositor reúne los temas del capítulo en esta conmovedora peroración al octavo movimiento de su sinfonía.

(IX.9: 1) La única manera, por lo tanto, en que el Espíritu Santo cura es unificando propósitos.

La curación, una vez más, no pertenece al cuerpo – palabras o manos curativas, rituales, etc. – sino que la curación es sólo de la mente, al unificar

nuestro propósito con el del Espíritu Santo. Al elegir contra el ataque y en

favor del milagro ("¡Que los milagros reemplacen todos mis resentimientos!". [L-pl.78]), deshacemos la disociación que sostenía al ego,

y nos identificarnos con el único propósito que puede curar.

(IX.9: 2-3) Esto se debe a que dicha unificación es el único nivel en el que la curación tiene sentido. Re-establecer el significado en un sistema

de pensamiento caótico es la manera de sanarlo.

El significado se re-establece eligiéndolo por sobre lo que no tiene sentido,

el Espíritu Santo sobre el ego. Es el pasar de la falta de sentido de lo sin

mente (el cuerpo y el mundo) al significado total de la mente plena (la mente tomadora de decisiones).

(IX.9: 4-6) Tu tarea consiste únicamente en satisfacer las condiciones del significado, puesto que el significado en si es de Dios. Por otra parte, tu retorno al significado es esencial para lo que Dios significa porque tu significado es parte de Su significado. Tu curación, por lo tanto, es parte de Su salud, puesto que es parte de Su Plenitud.

Ya hemos visto que las condiciones para el significado son el perdón y el

propósito común en todas las cosas. El resultado inevitable de esta visión es la paz que nos despierta al conocimiento. Para decirlo una vez más, la salud no tiene nada que ver con el cuerpo. Después de todo, el Espíritu Santo y Dios no tienen cuerpos, y Su salud es la Plenitud perfecta de la Mente. Nosotros también somos una parte integral de esa Plenitud, y nuestra sensación de malestar en cualquier nivel se debe a haber elegido separarnos de la salud de nuestra integridad al ver al Hijo de Dios como culpable. (IX.9: 7-8) Él no puede perder Su Plenitud, pero es posible que tú no la conozcas. Con todo, Su Voluntad sigue siendo que tú la conozcas, y Su Voluntad impera para siempre y en todas las cosas. Este es el principio de Expiación, y tenemos el poder de aceptarlo o no. Felizmente, nuestro rechazo no significa que hayamos abandonado la Unidad de Dios: "Todo el mundo es libre de rechazar su herencia, pero no de establecer lo que ésta es" (T-3.VI.10:2). Nuestra herencia como el Hijo de Dios, Su Voluntad, permanece inmaculada y segura porque nunca hemos abandonado nuestra Fuente. De tal recuerdo es el Reino de Dios en la tierra. Este movimiento de nuestra sinfonía es un resumen maravilloso de todo lo que hemos discutido en los movimientos anteriores, al mismo tiempo que extiende las enseñanzas de Jesús sobre el perdón. Cerramos reiterando que estas palabras inspiradas no significan nada a menos que las apliquemos a nuestras vidas específicas: traer nuestras ilusiones de separación a la verdad de la unidad interior, la oscuridad de la culpa a la luz curativa de perdón.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth Wapnick.